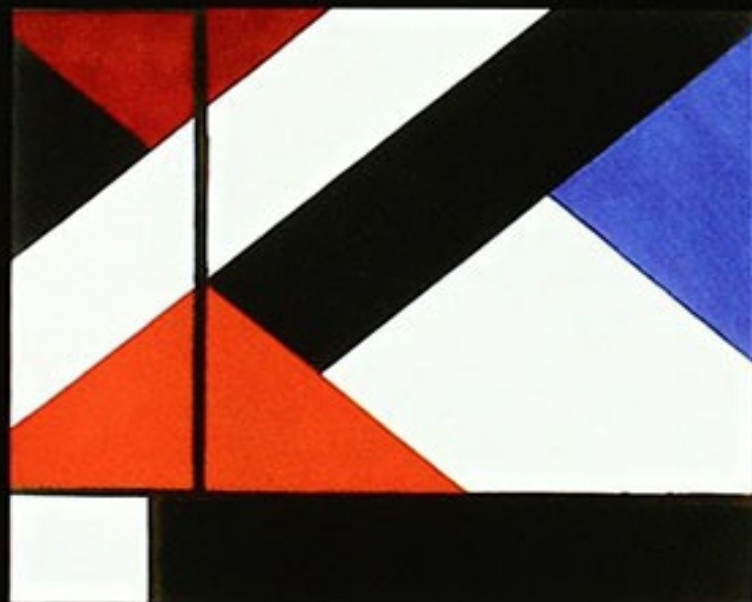


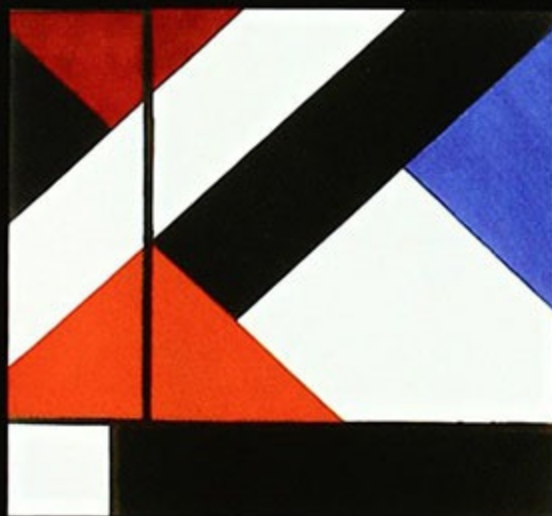
Derek Walcott

El Testamento de Arkansas



Derek Walcott

El Testamento de Arkansas



de



*Fascinante, hipnótico lirismo... se le ha considerado como un hombre del siglo xx con un sentido isabelino del lenguaje... Chicago Tribune.*

*Por su maestría en los géneros lírico, épico dramático y narrativo, Walcott me recuerda a Tintoretto... New York Times Book Review*

*Walcott «el marginal» es el poeta supremo del Caribe por haber rechazado fáciles etiquetas que le habrían permitido hacer las paces consigo mismo... Los Angeles Times Book Review*



Derek Walcott

# **El testamento de Arkansas**

ePub r1.0

Titivillus 01.12.16

Título original: *The Arkansas Testament*  
Derek Walcott, 1987  
Traducción: Antonio Resines & Herminia Bevia

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



*Para Seamus Heaney*

# **1. AQUÍ**

# EL FARO

## I

ajo su negra tela de fotógrafo  
montaña frente a nuestra ciudad  
enfocó el ocaso, pulsó el disparador-  
y todas las farolas de la calle se encendieron.

ago girar el chirriante expositor  
e sus postales cincuenta años más tarde:  
faro, siluetas  
e balandros sobre agua inflamada.

as estrellas ocupan  
lénticas posiciones  
obre Castries<sup>[1]</sup>; reproducen  
os puntos conectados por líneas  
e los pasatiempos infantiles, que completo

rola tras farola hasta La Place.  
na noche con aliento de ron blanco

mina conmigo a paso de cortejo fúnebre  
ara alargar la ciudad. Bajo

. lámpara de arco del mercado, un grupo de gente  
sulta a algún charlatán. Una cara  
e escudriña, después relaja sus ojos  
ntrecerrados. Exclamaciones. ¡La vieja farsa de los apretones

e manos! Desde el promontorio,  
n una breve instantánea de los parterres  
e negras guiabaras, el minuterero  
e la esfera luminosa apunta

acia el bar Nueva Jerusalén.  
ido una botella de Old Oak.  
a gente sigue ahora a otra estrella,  
ae, con una vieja broma *patois*

estapa la botella con la ceja de un ojo guiñado,  
a continuación suelta su perorata política  
omo un gargarismo. Consigue  
ae me parta de la risa en un abrir y cerrar de ojos. Antes

onseguía enganchar a sus histéricos seguidores  
on el anzuelo de un guiño. El alboroto del público  
e dirige ahora al orador. En un rincón  
anos negras golpean la mesa con fichas de dominó.

njugándonos los ojos húmedos con manos húmedas,  
esconsolados por los perturbadores recuerdos  
ae hay en los dobles de ron,  
os separamos en la calle oscura.

o hacia el negro promontorio  
e Vigié, salpicado por los puntos  
e las casas. El hacia una gloriosa  
eada, y el sueño. La luna llena

se alzó al final de la carretera,  
cuñando escamas en la bahía.  
Una moneda lanzada una vez al aire  
se se quedó ahí colgada, ni cara ni cruz.

El camino, visto al trasluz  
mostraría, como un negativo,  
los días que caminé sobre él; le recito  
ese cero todo aquello en lo que creo.

Entro al aeropuerto, al otro lado de veladas  
pidas, el angelical rayo hace girar  
la lanza blanca. El chai de las olas  
extiende los encajes de las palias.

En los arbustos, junto al camino, la risa  
de una muchacha. Una choza iluminada. Tu lámpara  
de queroseno, Philomene, apantallada  
por las delgadas hojas de calicó de una Biblia.

En la luz de luna inmemorial cae  
sobre las tumbas; cortaplumas de hierba  
llenan otras iniciales  
sobre pupitres marcados que fueron nuestros.

Él, ese adorable actor,  
perdido en la estafeta de correos! Suprimido.  
Un personaje superfluo  
eliminado del guión.

Excepto por un viaje al extranjero  
permaneció aquí cincuenta años. Cincuenta.  
El se mueve con su isla, la espada  
y el faro se hunde en el mar.

Sí, cuando alguna farola trazó el reflejo

de nuestra ruptura de muchachos,  
no fue la luna, lanzada desde su nube,  
el dado del cubilete de un jugador

que le devolvió a casa, a las fantasías  
de un niño en una cama atestada?  
esta noche me reí de su voz  
y de su cabeza gris de facciones hundidas.

¿Existe alguna pauta que conecte  
los puntos de dominó de estas estrellas  
con las negras piezas erguidas  
y las manos de esos jugadores?

En mi habitación, el acondicionador de aire  
produce un frío helador. Su traqueteante zumbido  
excluye, Philomene, como a las estrellas  
de tu cocina de carbón. El calor del hogar.

En cuanto su ruido se extingue con un golpeteo,  
oleaje, o un frenesí de palmeras,  
sean, «Sufriste pérdidas. Es suficiente.  
No puedes sostenerlas todas entre tus brazos.

Para sentirte más protegido en el oficio de poeta  
rodíllate, por la arena, lienzo iluminado por la luna.  
Por las colinas que ignoran su maldición  
duermen con las ventanas abiertas.

Duerme, duerme. Deja para mañana el temor  
por lo que pueda caer del cielo».   
No puedo, la cuchilla que todo lo iguala  
estrella sobre caras que conocí.

La casa en la que vivíamos,  
la sin su galería cubierta de enredadera  
y hoy una imprenta; ni una hoja

olverá a enroscarse en sus pilares.

## II

s de día. Sombra de dedos ligeros. Una puerta roja,  
esconchadas pilas bajo un grifo,  
desde su corona de latón, el agua  
se trenza en un látigo blanco.

Jóvenes rastas recostados en un patio.  
Un gallo, sintiéndose seguro, se pavonea al sol.  
Un tablón rojo, verde y amarillo  
recrea: EL HOMBRE ES UNA BABILONIA.

Al mediodía, serpenteante calle abajo,  
los niños corren chillando al salir del colegio.  
Algunos caen. Algunos tomarán el camino  
recto desde su infierno galvanizado.

Entonces, lejanas como ese crepitante sonido  
de una niñez trepando por el viento,  
las hojas del árbol del pan se elevan como cometas  
desde el seco patio de mi mente

Mientras una brisa arruga el mar,  
proyectando sombras sobre la corteza,  
viste con la claridad de enero  
la bahía frente a La Toc.

### III

El fantasma del faro dormirá  
todo el día como un actor. Una canción  
pielga sábanas en un tendedero. Un barco blanco  
se va a otros a donde pertenecen,

Mientras observo a una gaviota que persigue  
su propio grito, como una chirriante cabilla  
entre las barcas de postal de La Place,  
donde comienza el dibujo de puntos que acabé

Un vendedor sonríe: «¿Cincuenta? ¡Entonces  
vendes el hogar más que a la juventud!».  
Como la luna llena en pleno día, su transparente,  
incontrovertible verdad.

# CUL DE SAC VALLEY

## I

En recuadro de amanecer  
En un taller en la falda de la colina  
Llego a estas estrofas  
En zancuda forma.

En mi oficio es bienaventurado;  
Esta mano fuera tan  
Smerada, tan honesta  
Como las de su carpintero,

En cada marco, resuelto  
En sus ángulos, se haría  
Codo de esta construcción  
En madera sin pintar

Como las consonantes, volutas  
Llidas de mi cepillo de carpintero  
En el criollo fragante

e su veta natural;

desde una mesa de caballetes  
e enroscarían a mis pies,  
es y erres, con raíz francesa  
africana occidental

e un rico dialecto,  
unca leído  
ero ligero sobre la lengua  
e su senda nativa;

ero los árboles se acercan  
mi cordel calibrado  
n forma de tablas biseladas  
e pino sin pintar,

omo el murmullo de la caracola,  
exhalación de la madera refresca  
memoria con su aroma;  
*ois canot, bois campeche,*

seando: *Lo que quieres*  
*e nosotros nunca podrá ser.*  
*is palabras son inglés,*  
*s un árbol diferente.*

## II

n la grava del riachuelo  
n piezan las suaves guturales,  
n el valle, un perro mestizo  
de ladra una negra vocal

nite óvalos que se desvanecen;  
into a un puente de hierro rojo,  
abajadores con palas  
strillan asfalto borboteante,

da áspero chirrido  
ae hasta esta altura  
na lengua que hablan,  
ero no saben escribir.

omo la idea perdida  
el alma visible  
de aún arde aquí,  
obre una tierra analfabeta,

humo azul se eleva a gran altura,  
n columna inalterada,  
desde esa cicatriz ocre  
el desmonte de una carbonera.

a corteza de las nubes se abre

omo la de las hogazas  
rvueltas en hojas de higuera  
n un ennegrecido horno de arcilla.

n un barril de lluvia, el agua  
e alisa como un espejo;  
hija de un árbol de la lima  
studia en él su rostro.

l joven árbol se desdobla en  
na muchacha que corre escaleras arriba  
desde el patio, para incorporarse a  
sta estrofa. Ahora las lágrimas

e agolpan en sus ojos, lágrimas  
e un espejo, al tirar del nudo  
n su nuca el peine de su  
madre; ésta se da cuenta

dice: «En su semblante  
splandecen todos los valles».  
ápidas, sus manos  
einan la trenza del arroyo.

as flores de tiza garabateadas  
n la pizarra negra del asfalto  
la campanilla del hibisco  
dicen que llega tarde,

ientras el oleaje en las ramas  
ece como el cardumen  
e pupitres blancos y azules  
e la escuela pública,

ocitando este lenguaje  
e, sobre un encerado,  
ciega como una página

e fulgor sobre la carretera,

sí que, deambula hacia  
silencio interior a lo largo de  
un rojo sendero que el bosque  
agulle como una lengua.

### III

Mediodía. Las secas cigarras gimen  
como los pedales oxidados  
de la máquina de su madre,  
de repente se detienen. Pétalos de lima

uelan a la deriva como retales  
y el silencio hilvanado;  
como el polen, su abundancia  
y su provisión.

El mediodía perfila a un limero  
en una sombra irregular;  
y espalda está cansada  
de tanta simetría.

a fila de esfinges  
sobre la que descansan mis ojos  
en colinas tan invariables como  
la pétrea pregunta:

¿Puedes decir en voz alta  
el nombre correcto de cada cordillera  
mientras cambian nuestros rasgos  
entre luces y nubes?».

pero mi memoria es tan corta

omo leve el sonido del mar,  
que vagamente recuerdo  
una línea de arena blanca

vetas en la caoba  
rostros curtidos y guijarros  
se murmuran en un  
pedregoso, pero las preguntas

disolverse desatarán  
los propios nudos —arroyos de  
montaña cuya grava  
ronquece con las lluvias—

igual que se relaja un leñador  
para escuchar cómo se abre el cielo  
segundos después del golpe  
de su hacha, los nombres se ajustan

su eco: ¡Mahaut!  
Forestière! ¡Y a lo lejos,  
ronco eco de hojas  
de Mabouya! Y, ¡ah!

colina se levanta y come  
de mi mano, el chucho  
canta alegremente, repite  
una vocal tras otra,

las ramas se inclinan ante mí,  
los dialectos aplauden  
fluir hacia arriba  
la savia de la memoria.

## IV

l oeste de las estrofas  
scritas por el amanecer,  
s plantaciones de plátanos responden  
su luz; por encima,

1 halcón que describía círculos  
on mi corazón en su pico  
asta el borde del mundo,  
trae de vuelta

puente que se desvanece,  
río que se revuelve  
1 su lecho, al risco  
onde regresa el árbol

as sus lecciones, tarde.  
Cuál era su cabaña?  
lla asciende en línea recta  
or los escalones de este verso,

se sienta para cenar  
an y pescado frito  
ientras los árboles repiten su  
nbrío inglés.

as ventanas de la cabaña resplandecen.

as verdes luciérnagas describen arcos,  
icendiando Forestière,  
rléans, Fond St. Jacques,

el bosque se duerme,  
is ojos cerrados,  
excepción de una mirada  
desde una choza iluminada;

hora, por encima del libro cerrado  
e pequeñas cabañas que se deslizaban  
ajo los faros del coche, la cima  
e una colina como una pirámide.

n la noche caliente como un horno  
uelan las brasas. La puerta de una tienda  
oyecta un recuadro de luz  
obre la carretera y un olor

pescado en salazón. Un montón de arena seca  
e esparce en estrellas.  
imílai: a un gato, la isla de la Paloma  
erra el mar con sus garras.

# ROSEAU VALLEY

*(Para George Odium)*

na palada de mirlos  
lió disparada desde el borde de la carretera  
la memoria trinó retrocediendo  
ás allá de la estremecida apisonadora

de asfaltaba el camino  
ste amanecer a través de Roseau  
asta la fábrica de azúcar, que rugió  
detenerse, y del eco cada vez más amplio

e la caña, cuando solían cultivarla  
n este dulce valle;  
ntonces, desde las flechas de las cañas,  
lieron disparados los mirlos, andanada

as andanada de acólitos,  
onvirtiéndolo todos los días en domingo  
as la huelga. Ahora no hay luz  
n la fábrica abandonada.

as vagonetas se oxidan sobre vías muertas.  
e empezó a cultivar el plátano  
el paraíso de un muchacho  
ayó segado en gavillas de aleluyas.

entre angostas trochas la hierba  
es espesa. Un cruce esperará  
en vano el paso de las viejas estrofas de hierro  
con su fragante carga.

El techo galvanizado y descolorido  
de la fábrica cede. Las planchas combaten  
a las palanquetas del viento que arrancan  
los últimos clavos, pero la capilla

de Jacmel, cuyas oraciones encadenan delicadamente  
a las muñecas unidas de los trabajadores (sus hombros  
ya doblados como la susurrante caña,  
sea cual sea la cosecha), sigue siendo tan vieja

como el valle, y la letanía  
oye con el acento de melaza  
de los sacerdotes locales, no los de Bretaña  
Alsacia-Lorena. El incienso

sigue el mismo camino  
debe el humo de carbón vegetal sobre una colina  
debe conectar Roseau con el paraíso,  
pero la fábrica perdió el aliento.

¿Cuán verde y dulce la conservé  
hasta a mi envejecida alma! Resplandece  
aunque un fornido viento la ha barrido  
con su impalpable guadaña, pero ¿a dónde

condujeron mis líneas? No aportaron  
consuelo como los sacerdotes franceses  
del Himno de los Trabajadores, que dissociaba  
el paraíso de un incremento salarial,

se le ofrecía un amor que sólo unos pocos

podían leer, a cambio de unas monedas de cobre,  
solo aquellos labradores que compartían los beneficios  
de la comunión o del sindicato.

De qué sirvieron a esa amable gente del valle  
sus loas a su serena luz verde?  
Sobre las chimeneas y las chabolas  
se cerró y oscureció el puño de una nube

esteticulando ante los relámpagos  
de crepitantes, amplificados discursos  
se dieron paso a un rugido de lluvia  
procedente de las acequias de riego,

la inundación convocadora de camisas  
se embalsó con toda su fuerza  
y torno a las puertas de la fábrica, desviándose después  
desconcertada, sin saber qué camino seguir.

todos los espantapájaros surgidos  
de la cuneta con un grito crucificado  
habían de alarmar a la sirena de la fábrica  
al ojo del campanario,

hasta que, como las desherrapadas cañas  
una vez quemada la cosecha,  
los calcinados tallos fueron aplastados  
de nuevo por la Iglesia y el Gobierno,

pero un lunes marcharon ocupando toda  
la carretera, con gavillas en el puño,  
mientras las motocicletas de la policía ronroneaban  
detrás de ellos en dirección a la sede del gobierno,

el río moreno fluyó colina arriba,  
y griterío serpenteó en torno al Morne,  
dejando a su suerte a la vieja fábrica de azúcar

ara que se ocupara de la caña ella sola.

li mano compartía la inquietud de  
s trabajadores, pero ¿cuáles eran sus poderes  
nte esos andrajosos peones  
de pasaban las hojas de mi Libro de las Horas?

os demonios enseñan los dientes en una bandera y  
humo se eleva en espirales sobre un turiferario,  
aliento del dragón del opio  
ace un Lenin de Lucifer.

a sombra de guadaña de una  
andera segadora recorre  
s campos de cereales, la caña  
artió con la flecha del mirlo,

junto con su cosecha, ¿qué desapareció?  
Mi fantasía que en tiempos la convirtió en  
rigo oriental e inmortal»  
el peso de la indiferencia?

Pero era realmente un reino diferente  
mío? Las mitras y los peones pueden desplazar  
s sombras de un cambio de régimen  
obre las casillas de los campos, pero mi regalo,

de no puede recompensar suficientemente  
esta isla, que no aportó una comunión  
e las lenguas, cuya mano izquierda  
anca apretó las gavillas en unión,

gue exudando la resina que gotea  
e la cálida axila de una colina, mientras  
li elección del camino va emergiendo  
e los anfiteatros del mar

ara inhalar un vigorizante horizonte  
or encima de los campanarios o las chimeneas donde  
latido de la apisonadora muere en el  
re indivisible, azul.

# SILABARIO ESCOLAR

*(In memoriam: H.D. Boxill)*

o tenía dónde registrar  
el avance de mi trabajo  
alvo el horizonte, ningún lenguaje  
alvo los bajíos en mi largo paseo

asta casa, por lo que extraje toda la ayuda  
de mi mano derecha pudiera aprovechar  
de las algas cubiertas de arena  
de lejanas literaturas.

l rabihorcado era mi fénix,  
o estaba embriagado de yodo,  
na gota de la púrpura del sol  
ñía de vino el tejido de la espuma;

ientras araba blancos campos de olas  
on mis canillas de muchacho, me  
mbaleaba al deslizarse el banco  
de arena bajo mis pies,

ntonces encontré mi más profundo deseo  
n las oscilantes palabras del mar,  
el esquelético pez  
de era aquel muchacho tomó cuerpo en mí;

ero vi como el bronceo  
ardecer de las palmeras imperiales  
irvaba sus frondas convirtiéndolas en preguntas  
obre los exámenes de latín.

o odiaba los signos de escansión.  
quellos trazos a través de las líneas  
ovían sobre el horizonte  
ensombrecían la asignatura.

ran como las matemáticas  
e convertían el deleite en designio,  
asificando los palillos lanzados al aire  
e las estrellas en seno y coseno.

nfurecido, hacía rebotar una piedra  
obre la página del mar; seguía  
arriendo su propia sílaba:  
oqueo, anapesto, dáctilo.

*files*, un soldado de infantería. *Fossa*,  
na trinchera o tumba. Mi mano  
opesa una última bomba de arena para lanzarla  
acia la playa que se desvanece lentamente.

o obtuve matrícula  
n matemáticas; aprobé; después,  
enseñé el latín básico del amor:  
*mo, amas, amat.*

estido con una chaqueta de *tweed* y corbata,  
aestro en mi escuela,  
i como las viejas palabras se secaban  
omo algas en la página.

leditaba desde el acogedor puerto

e mi mesa, las cabezas  
e los muchachos se hundían suavemente  
n el papel, como delfines.

a disciplina que predicaba  
e convertía en un hipócrita;  
is esbeltos cuerpos negros, varados en la playa,  
lorirían en el dialecto;

acía girar el meridiano del globo,  
ostraba sus sellados hemisferios,  
ero ¿a dónde podían dirigirse aquellos entrecejos  
ninguno de los dos mundos era suyo?

l silencio taponó mis oídos  
on algodón, el ruido de una nube;  
scalé blancas arenas apiladas  
tentando encontrar mi voz,

recuerdo: fue  
n sábado casi a mediodía, en Vigie,  
ando mi corazón, al volver la esquina  
e Half-Moon Battery,

e detuvo a mirar cómo el sol  
e mediodía fundía en bronce  
tronco de un gomero  
obre un mar sin estaciones,

ientras la ocre Isla de la Rata  
ría el encaje del mar,  
n rabihorcado llegó volando  
través del entramado de un árbol para izar

n emblema en los cirros,  
on su nombre, fruto del sentido común  
e los pescadores: tijera de mar,

*regata magnificens,*

*oiseau-la-mer*, en *patois*,  
por su vuelo, que corta las nubes;  
esa metáfora indígena  
formada por el batir de los remos,

con un golpe de ala por escansión,  
esa V que se abría lentamente  
se fundió con mi horizonte  
mientras volaba sin cesar

más allá de las columnas, mordisqueadas por las ovejas,  
de árboles de mármol caídos,  
de los pilares sin techo que fueron en tiempos  
dignos para Hércules.

## EL RESTAURANTE LA VILLA

sa camarera de terracota,  
on los brazos en jarras, parece cernirse  
obre su propia forma, sus iris  
nas veces color teja, otras avellana

omo guijarros en los bajíos  
el río D'Orce bañado por el sol;  
is orejas, sinuosos cántaros, encierran  
arla intrascendente y ruido de cubiertos.

on la roja arcilla de Piaille  
e hizo esta fresca ánfora;  
n pueblo tosco, inacabado  
e dedica allí a la alfarería;

sobre la balda de cedro están dispuestas  
rra tras jarra similares a ésta;  
on pelvis de madre  
ero muñecas de niña.

espojo lentamente a la arcilla húmeda  
e la tela que la rodea,  
ientras el eco del río D'Orce  
urmura a través de su boca entreabierta.

ue las estatuas talladas o cocidas al fuego

istan hojas de higuera entre las piernas,  
que una sobresaltada hamadríade  
abra su muslo frío.

e visto sus párpados de piedra  
obre almendras de mármol decir:  
Tu mar tiene sus propias *Iliadas*,  
*oli me tangere*».

sí, otros pueden buscar su  
elleza a través de cristales polvorientos,  
n urnas o ánforas griegas;  
o elijo la vasija viva

me convierto en un río  
aya lengua marrón no descansará  
asta que mis alabanzas llenen  
s recipientes de arcilla de su pecho

on agua de piel clara  
obre el esquisto gris o avellana  
e ese barrio iletrado  
de algún francés llamó Choiseul.

ero en ella está Assam;  
s torres de arena de Balbec  
e yerguen cuando el tallo  
e la copa frota un cuello rígido;

. suelo agrietado de Mantegna  
s suyo, la manzana de oro;  
. yeso azul tras su cabeza  
s mi Capilla Sixtina;

. salir de la galería  
on su corpiño lleno de nubes,  
el sol y un bosque moteado

sus espaldas,

o es culpable de su belleza cuando  
las manos alisan las arrugas  
el lino, extendido como en los altares,  
eno de migas y flores del día.

# LOS TRES MÚSICOS

*(Para Hunter François)*

La llegada de la Navidad  
a acompañada de una brisa  
y los gloriosos cedros  
esca como Belén.

Desde la ciudad a Vieuxfort,  
de Vieuxfort a Castries,  
sigue el camino  
entre los pueblos.

Conemos latas rojas  
y el porche solicitando gracia,  
recalamos las piedras  
desde el primer jardín;

y el patio salpicado  
por el rosal blanco  
está la suave marca  
de la rodilla de un ángel,

luzes vestiduras tan puras  
orman pliegues como los del agua  
cayendo sale de un aguamanil  
de porcelana;

¡renueva la vida  
de jóvenes y ancianos. Esa semana,  
corta una hoja de lima, fría  
como la mejilla de un arcángel,

¡ya sombra, veloz  
en su rápido ascenso por la hierba de la ladera,  
ace que se levanten los cedros  
para dejar paso a sus alas»,

¡anta *Madame* Isidor,  
el escalón de su puerta fregado  
para su primer visitante:  
nuestro Señor descalzo.

¡era más pobre que ellos,  
no tenía donde acostarse.  
Mi habitación es Jerusalén,  
mi mesa, Galilea».

durante toda la semana ella practicó  
la reverencia: «Encantada de conocerle;  
¿y éste? Es  
José, también carpintero».

¡toda aquella semana,  
uno se irritaba, el otro reía;  
José saca de la vitrina  
la botella de plata y la pone

¡nto a dos pilares de dorado  
*whisky* Johnnie Walker,  
¡jad que envejezcan los ancianos,  
no José, él lleno de vida,

¡abrazaba como a su oficio,

dejó de ir al café,  
lo cantaba: «La mitad de los  
ngeles anunciadores<sup>[2]</sup>»; el sábado

olvía en autobús desde  
mercado directamente a casa;  
n cañón de linóleo  
despliega en su habitación.

hora un pernil de cerdo borbotea  
egrementemente  
una lata de queroseno  
iertemente envuelto en un trapo gris,

en toda la tierra  
uele a pasas, un pastel negro  
de ella cortará para el nacimiento  
el hijo que no puede tener.

Ah, Navidad, mañana de Navidad!  
scuchan en el viento,  
gemido y el aviso  
el violín de Ti-Boy;

enten la sangre  
e los Inocentes fluir  
or la espada romana  
e las flores de pascua,

ientras los tres músicos  
corren los patios,  
onde hay una penetrante fragancia  
azúmbar;

sguean en sus cuatros  
n ronco villancico,  
egan: «Entrad, entrad,

eva *whisky*, acedera—»

cedera con su sangrienta corona  
e espinas, junto a la verja  
onde la lageta se arrodilla  
n penitencia—

¡José, trae tres sillas!».  
e inclinan ante su puerta.  
res sombreros de fieltro. Lino dice,  
*Bon Noël*, madre Isidor,

oy Frank Incienso,  
Sr. Oro, el Sr. Mirra».  
epositan sus instrumentos  
on cuidado en un rincón.

on sus sombreros nuevos en las rodillas,  
prueban lo limpio  
e está todo, una brisa  
s seca las gotas de sudor.

no levanta su vaso  
on un dedo curvado, así,  
indando por la señora,  
orque todos ellos saben

e sueña con encajes blancos  
obre suave piel de ébano,  
ero, por algún motivo, es voluntad de Dios  
e no pueda tener hijos;

alzarse las cortinas se ilumina el linóleo,  
introduciendo la presencia de un niño  
n su inmaculada habitación.

omen en silencio

el negro pastel que ella trae,  
junto a sus instrumentos,  
los reyes con la espalda rígida,

se devuelven sus platos  
dejando un poco  
por educación, beben dos copas de un trago,  
empiezan a cantar como el culo;

En los penetrantes gañidos del violinista  
hay hambre y sed  
por el niño. José siente  
que va a estallarle el corazón.

# LA PRIMERA COMUNIÓN EN SANTA LUCÍA

Al atardecer, al borde de la desgastada cinta de asfalto,  
vestida con una saya y medias blancas de algodón, se yergue una niña negra.  
Primero ella sola, después un pequeño prado de ellas. ¡Ah, es la Primera  
Comunión!

ostienen en sus manos pequeños misales con cintas rosas,

lancas polillas de raso sujetan sus rígidas trenzas.  
El acordeón de la oruga, que explota aún el mito  
lo largo de ramas de algodón en cuyas bocas abiertas  
hostia se esponja con la fe sin una duda!

sí, en toda Santa Lucía miles de inocentes  
ormaban en las escalinatas de las iglesias, frente a la lente del sol,  
guidos como velas entre padres de ojos guiñados,  
ntes de que llegara la oscuridad, como la de su santa cegada.

pero si fuera posible parar al borde  
el descolorido asfalto, antes de que los faros hirieran  
is ojos, acoger a cada niño en mis manos,  
ajar un poco la ventanilla, e instar discretamente

entrar hasta a la última polilla, dejaría que el oscuro automóvil  
objara su ventisca y, en alguna negra colina,  
on sus batientes alas llenas de polvo, las liberaría por miles para que se  
elevaran tambaleantes

acia el cielo antes de que hicieran su aparición los prejuicios, el mal!

## GROS-ILET

de esta aldea, empapada como un trapo gris en agua salada,  
pegó un lenguaje guarnecido de conchas marinas,  
en una sombra de bayas en sus axilas  
codos como flexibles remos. Toda ceremonia comenzaba  
en las vaguadas, los estercoleros, los funerales al alba y el ocaso  
los que asistían los cangrejos. El mar reforzaba  
los olores. El ancla de las islas penetraba a gran profundidad  
pero se veía siempre clara en las arenas. Muchos tiburones  
a menudo la raya, cuyas aletas son anchas como velas,  
ascendían con mirada insomne desde los ondeantes corales,  
un pescador sacaba un bagre como una cabeza con tentáculos.  
En el anochecer con sus inevitables, inextinguibles candiles,  
era como la Noche de Todos los Santos vuelta del revés, igual que el  
murciélago obtiene *su* propia visión del mundo. Así, sus ojos miran hacia  
abajo,  
invertidos, consideran que caminamos de modo extraño, y se preguntan sobre  
nuestro sentido del equilibrio, sobre cómo dormimos  
como si estuviéramos muertos, cómo confundimos  
los sueños con cosas corrientes como clavos, o rosas,  
cómo envejecen rápidamente las rocas con el musgo,  
cómo el mar traza surcos que no tienen nada que ver con el tiempo,  
la arena se alza en torbellinos que no tienen nada que hacer en absoluto,  
las sombras sólo responden ante el sol.  
Ocasionalmente, como un viejo neumático,  
negro lomo de un delfín. Elpenor, tú  
me te rompiste el culo, borracho, tambaleándote escotillón abajo,

tú timonel, que navegas como la raya bajo el aliento de las olas,  
:guid vuestro camino, aquí no hay nada para vosotros.  
n este lugar las velas y las costumbres son distintas, los muertos  
on distintos. Sus tumbas las guardan conchas distintas.  
ay diferencias más allá del paraíso  
e nuestro horizonte. Esto no es el Egeo púrpura como la uva.  
quí no hay vino, no hay queso, las almendras son verdes,  
s uvas de playa amargas, el lenguaje es el de los esclavos.

## LOS MARISCADORES DE CARACOLAS

ado que la peluda ortiga, la bifurcada mandrágora y la maligna  
ta, la baba de sapo o el afilado y espinoso erizo  
on, por su naturaleza, venenosos, no deberíamos dudar de  
que murmuran haber visto con sus ojos de luna los mariscadores de  
caracolas.

Quién es este príncipe? ¿Qué yelmo lleva?  
emos volar alto a los rabihorcados carroñeros, cada vez más abundantes,  
emos que nuestro aliento traza formas vacilantes,  
ero ¿qué es lo que le perturba en los empapados acantilados,  
ientras mira las estrellas insomne como el mar?  
Qué embozados rumores atraviesan el reino,  
cultándose de las linternas de los vigilantes nocturnos en las calles mojadas?  
bofeteados por nuestros inquisidores, los mariscadores de caracolas sólo  
farfullan:  
Es como una concha soldada a la roca del mar,  
no hay cuchillo que pueda desprenderla».

os sutiles torturadores  
ngen creerlo. El moderno sermón del prelado  
uestra que no hay mal, tan sólo voluntad mal orientada,  
ero los ojos de los pescadores de caracolas son grises como ostras  
la negra vela se desliza lentamente bajo su quilla musgosa.  
Es Abdón el usurpador, a cuyo corazón se adhiere el sapo».  
No hay nada bajo su yelmo salvo vuestro miedo».  
Ha bebido las cuencas sorbidas de sus propios ojos,  
escamosas garras aferran la empuñadura de su espada».

¿Y reaparece una vez que habéis hecho la señal de la cruz?».  
Sí. El escorpión de mar acude a su silbido como un perro».  
Bajo su saliva ácida los buitres despliegan sus paraguas,  
el mar reluce como su cota de malla a través de la niebla.  
Se aferra al cuello de este mundo y no hay forma de desprenderle».  
Cuando les damos caldo, y esto se prolonga durante noches,  
el más joven mira el vapor hasta que se enfría.  
Sí es Abdón el usurpador, ¿qué usurpará?».  
Se estremece. «Ojalá se le enfrenten plateadas legiones de serafines».

Se explicamos que es la luz de la luna amotinada sobre las olas,  
el espejismo de los pescadores, que tan sólo están enloquecidos  
por la sal en los cortes de las palmas de sus manos, pero todos creen  
que es Abdón, que lo que se yergue en el empapado rompeolas,  
haciendo temblar sus alas nervudas como un perro mojado,  
recto como una pastinaca, es una manta, no el demonio;  
pero el más joven repite con voz inhumana  
por la afonía, como el cansino retirarse de las olas  
sobre la roca ulcerada por las caracolas: «Si no es él, ¿por  
qué entonces desgarran la luna las nubes de negro manto  
ahogan su redondo grito como el de una loca?».  
Los salvajes como caracolas sobre la cuchara alzada.

# MAGIA BLANCA

(Para Leo St. Helene)

a *gens-gagéé* se desprende de su arrugada piel a patadas.  
Meted su alma en un tarro! El lobo medio hombre  
uede trotar con los codos doblados, erguirse, y sonreír  
on tetánica licantrópía. Los incensarios  
isuelven la niebla del suelo con sus almas sibilantes, errantes,  
is no bautizados, no perfectos y no malditos  
or decreto sagrado. Los *griots*<sup>[3]</sup> de la isla aman a  
uestros elfos de las setas, las sombrillas del demonio  
e ascienden como larvas desde los orificios podridos de los troncos,  
is bocas una abertura cosida, sus pies deformes invertidos.  
l exorcismo no puede dejar anticuados  
os signos que oímos pasada la medianoche en un bosque  
onde una mujer pálida vuela como un búho ciego  
asta su rama ahorquillada, con lunas escarlata por ojos  
e burbujan de duda. ¿Has oído un chapoteo argentino?  
o es nada. Ignóralo si se deslizó desde rocas  
usgosas, sería un cangrejo cansado, un pez,  
menos que nuestra madre de las aguas con sus rizos húmedos  
e deslice bajo esta página por debajo de tu pluma,  
lo un pueblo ingenuo cree que estas cosas pasan.  
as ninfas del bosque y las hamadriades impregnaban  
corteza de la madera, el papiro y este papel;  
ero cuando nuestras hojas secas crujen al paso del renqueante cazador

on pies de ciervo, Papa Bois,  
s tan sólo un clon de Pan, otro sátiro transferido,  
a bruja que sale de su saco de azúcar  
unque cubras los umbrales iluminados por la luna con harina blanca),  
*beau l'homme* que se te aproxima lentamente, la cabeza vuelta del revés,  
s elfos de orejas de ratón, de pies de helecho, sin rostro,  
as fábulas de los subdesarrollados y los pobres  
speadas por la luz de la luna, se volverán blancas y más ricas.  
uestros mitos son ignorancia, los de ellos, literatura.

# UNA CARTA DE LA VIEJA GUARDIA

*(Para Irene Worth)*

Desde una provincia de agitadas palmeras en las Antillas,  
un veterano hunde su plumilla en tinta azul marino

para conmemorar la ferocidad de los Gurkhas  
su propio regimiento perdido en las arenosas colinas

de Sudán; recuerda el resonar  
de metales y címbalos, cuando el alboroto de la multitud

mantenía a las palomas en vuelo en torno a Piccadilly Circus;  
ellos eran la niña de los ojos de Alexander<sup>[4]</sup>.

En esta hora, en la estela de cuarenta años de paz,  
los galernas levantan Hyde Park. Como un buque, una estatua

divide las hojas; es éste el ruido que escucha,  
cuando la lengua de resaca marina humedece su labio superior,

escribe:

Señoras, las vi en su balcón

en Brazil Street, el ocaso teñía de rojo sus mejillas

que me emocionó. Por favor, no quiero dinero,  
pero es el Día de los Veteranos<sup>[5]</sup>, por lo que, toda esta semana

de pensado, sin duda como ustedes, en la guerra,  
dos hermanas viudas con el mismo cuello blanco

como su balcón de encaje frente a Columbus Square,  
lí, como un explorador del mar en el Día del Imperio,

as vi, con un corte de pelo diferente,  
ajo sombreros Leghorn color crema; ambas eran rubias

resplandecientes. Bulwen era el Gobernador,  
un galés, pero a nadie le importaba.

todo está tan claro hoy que me viene a la memoria  
el sonido de las frondas de las cuatro Palmeras Reales,

de escucho una música argentina cuando las lágrimas  
de la fuente salpican nuestras mejillas; entonces junto al monumento,

el grito del sargento mayor sobresalta a las montañas,  
con el presenten armas de seiscientas botas,

la bandera se pliega desde los cuatro puntos del Imperio,  
mientras Bulwen gruñe este pasaje de los Salmos:

Miraré hacia las colinas...”. Las colinas permanecen.  
nuestros cabellos son cenizas, pero nuestros corazones fuego.

más pasé bajo vuestro alto mirador  
cuando era niño. La ciudad tenía sus recintos privados,

pero me alisté, y puedo decir que estuve bajo  
intenso fuego de mortero; he visto la esfinge,

en su cata de viejo boxeador, descansar en la arena;  
que ustedes dos, señoras, perdieron a sus maridos

mientras combatían a Rommel, pero las pequeñas flores blancas que surgen

entre la arena son corazones de soldados; un mar

de arena era el hogar de mi regimiento de negros,  
y endito sea el mariscal de campo vizconde Montgomery

benditos sean todos, el Mall<sup>[6]</sup>, el bronce y la púrpura  
de los Horse Guards<sup>[7]</sup>; tenía yo doce años

cuando Eduardo abdicó por amor a *Mrs.* Simpson,  
pero incluso hoy puedo recordar la ira que sentí!

serví con Lord Alexander en Sudán,  
y conozco a su ordenanza. Hoy soy un vigilante nocturno.

Entonces obtuvimos la independencia, así, de repente,  
algo desapareció. Nosotros los negros

no conseguimos que nada funcione. Hasta ahora, no he encontrado a nadie  
en quien confiar. Fui soldado por mi rey

en mi isla. Mis manos sufren de artritis,  
pero dieron al César lo que es del César,

igual que los Gurkhas. ¡Que muchachos tan feroces!  
No obstante, éramos tan buenos como ellos. Pondré fin a esta misiva, ya que

el ojo de mi pluma, por lo que veo, ha dejado caer una lágrima.  
Perdónenme el borrón así como perdonan el nombre del

de esto escribe. Dejen que quede, señoras, secretamente suyo...».  
Luego rompe la carta, mientras años de su vida

resuenan como soberanos sobre la bandeja de un Benarés brillante como el  
el bronce  
en Vignie Barracks bajo la desmedida luz

del Raj, que se oscurece como un mueble de teca,

el oleaje nocturno de las palmeras y una cena fría dispuesta

ajo una postal sujeta con chinchetas doradas del malecón  
e Brighton cuando nuestras guerras eran más felices.

## FIGURA EN LA TORMENTA

El siglo diecinueve, como un quinqué,  
brilló con su halo, anoche, las tablas de una mesa de cocina.  
Con el tubo bajado, la mecha languidecía y humeaba,  
ramuscando el techo de la mente como una novela de Hardy.

Con los pies descalzos en la fría hierba del exterior de la casa,  
se ven nuevos canales surcando la basura de la playa,  
después una lejana, brumosa figura allí donde los bajíos marrones  
hacen rodar troncos caídos como cadáveres procedentes de un naufragio.

El momento equivocado. El lugar equivocado. La costa de Wessex<sup>[8]</sup>  
pertenece a otro siglo. El ojo de fuego de la lámpara  
sobre los barrotes de la ventana durante toda la cosecha de la tormenta  
de antaño Fidelidad. Ha cambiado de nombre.

Los murmullos de aguas poco profundas armonizan con su  
espera del trueno desaparecido, con las nubes que se mueven como jirones de  
humo,  
el ruido de las rompientes; las grandes, plúmbeas ondas de estaño,  
el rezongar de los pilares del malecón, los musgos aferrados por los cangrejos.

Gota a gota, lentamente, cada rama pierde sus perlas,  
la resaca arrastra enaguas sucias a través del limo de la playa,  
el hielo encadena sus tobillos al vadear los nuevos estanques de las rocas,  
el agua pulverizada la oscurece, pero ella es la marca de su nivel.

a electricidad vuelve. Las luces puntean las destrozadas carreteras.  
on el morse de los grillos toma forma este siglo.  
uanto más se camina más lejos se retira ella,  
n mascarón que ondea sin un barco.

hora la luz del sol, como una caballa listada, danza  
obre la lámpara y la novela junto a la cama de matrimonio,  
e riza sobre el óvalo donde mira su rostro ahogado  
asta que se asienta el círculo de un siglo.

uando se secan los acantilados, con bucles de hierba de marea,  
n sombra se desvanece en la arena oscurecida por las nubes;  
oleaje levanta el dobladillo de sus faldas para dejar paso a una gaviota  
e vuela bajo, como una flecha en silencio, que es el sonido del alma.

## MARINA TSVETAeva

Los periódicos envejecían en un sillón, el sofá dormitaba  
acó bajo el sol. En la casa de la playa una cama  
on una colcha de cuadros estirada; la sombra de la pala  
el ventilador del techo cruzaba una y otra vez el espejo.

eseco como la playa, entré en la cocina.  
li sed gorgoteó en el grifo oxidado.  
n golpe de frío del frigorífico abierto mostró que un liquen blanco  
abía convertido las bandejas de hielo en un bosque siberiano.

ebí de la botella helada en mi autoindulgente  
elicidad. Las palas del techo giraban traqueteando en paz.  
i que la puerta desencajada de un armario barnizado  
e inclinaba como un pómulo sobre un violín acunado en el espacio.

uarde en su sitio el agua fría y vi un tren soldado por el hielo  
n la estación. En torno al antepecho de una ventana,  
escarcha hacía ganchillo en tu rostro; en gotas de paciencia,  
grito de una gaviota se fundía como un carámbano.

e escurres por la puerta de tu libro con una capa negra—  
is personajes se desdibujan bajo la lluvia, como el viejo maquillaje  
el Muro de las Lamentaciones, como la grieta de porcelana  
n la sonrisa de una muñeca —tus pestañas pintadas con kohl.

través del mosquitero, una hoja de limero o laurel

a descubierto tu silencio. La otra lengua. ¿Tiene pulso la muñeca de  
enredadera, se curva cada uno de sus zarcillos verdes  
desde tu garganta? Las moscas domésticas copulan y zumban

sobre la cama individual, pero, ¡ah, las interrumpidas escalas  
de tu canto de alondra! El cirílico de las algas es la taquigrafía  
de tu vida, las huellas de las lavanderas  
las rayas y guiones, los palos rotos en la arena.

En la estación de los huracanes, Tsvetaeva; algunos días llueve  
el mar se yergue con la cabeza gacha como un caballo  
una muchacha sobre una jofaina, y las alcantarillas atascadas  
van rienda suelta a sus penas con toda su fuerza,

pero inesperadamente, a veces una gaviota chilla  
como espinas en un madero descolorido de la playa. La deidad se vuelve  
más grande y más azul; entonces más allá de las dunas de la prosa,  
corre el signo de exclamación de tu pequeña figura.

Las algas secan su pelo, Marina Tsvetaeva,  
el pelícano se detiene en su vuelo como un crucifijo;  
pero ese superviviente nupcial que vuela en círculos,  
la gaviota, engalana con su gracia

Esta casa de la playa, un armario, una polvera azul celeste,  
el guión del horizonte, la pared desnuda, un pasaporte  
el que arrancaron tu foto, el tictac sin objeto  
de un reloj junto a la cama, un traje amarillo de mariposas que olvidaste,

una sacudida de mi sábana, la tumba de una almohada,  
una lágrima oceánica. El sol inclina su balanza.  
El tiempo, esto es, la mitad de la eternidad, como el mar en una ventana,  
inmóvil las velas inmóviles de tus páginas.

## LA LUZ DEL MUNDO

*Kaya ahora, necesito kaya ahora,  
Necesito kaya ahora,  
Porque cae la lluvia*

Bob Marley

Marley cantaba *rock* en el estéreo del autobús  
aquella belleza le hacía en voz baja los coros.  
Yo veía dónde las luces realzaban, definían,  
los planos de sus mejillas; si esto fuera un retrato  
dejarían los claroscuros para el final, esas luces  
se transformaban en seda su negra piel; yo habría añadido un pendiente,  
algo sencillo, en oro bueno, por el contraste, pero ella  
no llevaba joyas. Imaginé su aroma poderoso y  
silce, como el de una pantera en reposo,  
su cabeza era como mínimo un blasón.  
Cuando me miró, apartando luego la mirada educadamente  
porque mirar fijamente a los desconocidos no es de buen gusto,  
era como una estatua, como un Delacroix negro  
a *Libertad guiando al pueblo*, la suave curva  
del blanco de sus ojos, la boca en caoba tallada,  
el torso sólido, y femenino,  
pero gradualmente hasta eso fue desapareciendo en el atardecer, excepto la  
línea  
de su perfil, y su mejilla realzada por la luz,

pensé, ¡Oh Belleza, eres la luz del mundo!  
o fue la única vez que se me vino a la cabeza la frase  
n el autobús de dieciséis asientos que traqueteaba entre  
ros-Islet y el Mercado, con su crujido de carbón  
la alfombra de basura vegetal tras las ventas del sábado,  
los ruidosos bares de ron, ante cuyas puertas de brillantes colores  
e veían mujeres borrachas en las aceras, lo más triste del mundo,  
corriendo a tumbos su semana arriba, a tumbos su semana abajo.

l mercado, al cerrar aquella noche del sábado,  
e recordaba una infancia de errantes faroles  
olgados de pértigas en las esquinas de las calles, y el viejo estruendo  
e los vendedores y el tráfico, cuando el farolero trepaba,  
nganchaba una lámpara en su poste y pasaba a otra,  
los niños volvían el rostro hacia su polilla, sus  
os blancos como sus ropas de noche; el propio mercado  
staba encerrado en su oscuridad ensimismada  
las sombras peleaban por el pan en las tiendas,  
peleaban por el hábito de pelear  
n los eléctricos bares de ron. Recuerdo las sombras.

l autobús se llenaba lentamente mientras oscurecía en la estación.  
o estaba sentado en el asiento delantero, me sobraba tiempo.  
liré a dos muchachas, una con un corpiño  
pantalones cortos amarillos, una flor en el cabello,  
sentí una pacífica lujuria; la otra era menos interesante.  
quel anochecer había recorrido las calles de la ciudad  
onde había nacido y crecido, pensando en mi madre  
on su pelo blanco teñido por la luz del atardecer,  
las inclinadas casas de madera que parecían perversas  
n su retorcimiento; había fisgado salones  
on celosías a medio cerrar, muebles a oscuras,  
oltronas, una mesa central con flores de cera,  
la litografía del *Sagrado Corazón*,  
dhoneros vendiendo aún a las calles vacías:  
alces, frutos secos, chocolates reblandecidos, pasteles de

vez, caramelos.

una anciana con un sombrero de paja sobre su pañuelo  
nos acercó cojeando con una cesta; en algún lugar,  
cierta distancia, había otra cesta más pesada  
que no podía acarrear. Estaba aterrada.  
le dijo al conductor: «*Pos quittez moi à terre*»,  
que significa, en su *patois*: «No me deje aquí tirada»,  
que es, en su historia y en la de su pueblo:  
No me deje en la tierra» o, con un cambio de acento:  
No me deje la tierra» [como herencia];  
*Pas quittez moi a terre*, transporte celestial,  
o me dejes en tierra, ya he tenido bastante». El  
autobús se llenó en la oscuridad de pesadas sombras  
que no deseaban quedarse en la tierra; no, que serían abandonadas  
en la tierra y tendrían que buscarse la vida.  
El abandono era algo a lo que se habían acostumbrado.

Yo les había abandonado, lo supe allí,  
dentado en el autobús, en la media luz tranquila como el mar,  
con hombres inclinados sobre canoas, y las luces naranjas  
de la punta de Vigie, negras barcas en el agua;  
yo, que nunca pude dar consistencia a mi sombra  
para convertirla en una de sus sombras, les había dejado su tierra,  
sus peleas de ron blanco y sus sacos de carbón,  
su odio a los capataces, a toda autoridad.  
Me sentía profundamente enamorado de la mujer junto a la ventana.  
Quería marcharme a casa con ella aquella noche.  
Quería que ella tuviera la llave de nuestra cabaña  
junto a la playa en Gros-Ilet; quería que se pusiese  
un camisón liso y blanco que se vertiera como agua  
sobre las negras rocas de sus pechos, yacer  
complemente a su lado junto al círculo de luz de un quinqué de latón  
con mecha de queroseno, y decirle en silencio  
que su cabello era como el bosque de una colina en la noche,  
que un goteo de ríos recorría sus axilas,

de le compraría Benin si así lo deseaba,  
que jamás la dejaría en la tierra. Y decírselo también a los otros.

porque me embargaba un gran amor capaz de hacerme romper en llanto,  
una pena que irritaba mis ojos como una ortiga,  
mía ponerme a sollozar de repente  
en el transporte público con Marley sonando,  
un niño mirando sobre los hombros  
al conductor y los míos hacia las luces que se aproximaban,  
hacia el paso veloz de la carretera en la oscuridad del campo,  
las luces en las casas de las pequeñas colinas,  
la espesura de estrellas; les había abandonado,  
les había dejado en la tierra, les dejé para que cantaran  
sus canciones de Marley sobre una tristeza real como el olor  
de la lluvia sobre el suelo seco, o el olor de la arena mojada,  
el autobús resultaba acogedor gracias a su amabilidad,  
a su cortesía, y sus educadas despedidas  
bajo la luz de los faros. En el fragor,  
bajo la música rítmica y plañidera, el exigente aroma  
de procedía de sus cuerpos. Yo quería que el autobús  
siguiera su camino para siempre, que nadie se bajara  
dijera buenas noches a la luz de los faros  
tomara el tortuoso camino hacia la puerta iluminada,  
alejado por las luciérnagas; quería que la belleza de ella  
penetrara en la calidez de la acogedora madera,  
oyente el aliviado repiquetear de platos esmaltados  
bajo la cocina, y el árbol en el patio,  
pero llegué a mi parada. Delante del Hotel Haleyon.  
El vestíbulo estaría lleno de transeúntes como yo.  
Después pasearía con las olas playa arriba.  
Le bajé del autobús sin decir buenas noches.  
Después buenas noches estaría lleno de amor inexpresable.  
Siguiéron adelante en su autobús, me dejaron en la tierra.

Entonces, un poco más allá, el vehículo se detuvo. Un hombre  
llamó mi nombre desde la ventanilla.

aminé hasta él. Me tendió algo.  
e me había caído del bolsillo una cajetilla de cigarrillos.  
le la devolvió. Me di la vuelta para ocultar mis lágrimas.  
o deseaban nada, nada había que yo pudiera darles  
lvo esta cosa que he llamado «La Luz del Mundo».

# OCÉANO NOX

*(Para Robert Lee)*

Qué clase de luna emergerá flotando entre los almendros  
como una oscilante boya en el oleaje de los árboles?  
Una media luna, como una daga persa?  
Una bóveda capitolina con amplias esferas de influencia?  
Una con una marca de nacimiento como la cabeza de Gorbachov?  
Una luna henchida de su propia importancia,  
interna de un vigilante con pilas nuevas,  
se sorprenderá el gotear del desagüe de una cocina,  
avará un cangrejo a la verja de tela metálica del hotel,  
cambiará de opinión como un ladrón nocturno,  
caminará bahías con el cerrojo echado, agitando la cadena de la espuma.

tranquila como un reloj de cocina sin manecillas  
en lo alto de un estante del aparador de esta casa en la playa,  
la luna mira fijamente un mantel de plástico,  
en el que reimprime la sombra de un ratón  
reclinado como un fraile mordisqueando las bayas  
de su rosario con dedos más ágiles que su boca;  
entonces las islas eran las joyas de una Infanta,  
diminutas hormigas acorazadas, en fila india,  
zaban sus estandartes cantando «Sancta, Sancta  
Margarita», y después se dispersaban en armadas  
hacia el agrietado pastel de bodas de su congelada sonrisa.  
En su frente fuertemente vendada como la de una monja

una lavandera negra que ha colgado las velas,  
divididas, en el tendedero, fue una vez  
la Reina Virgen cuyo esplendor atraía a los caracoles  
y los cornudos galeones con su baba argentina,  
álidos limacos en la arena. Remordimiento insomne.  
Vas allá de todo ahora, y lejos ya de su juventud  
y la mente vaga en otro tiempo verbal;  
escucha el oleaje del cañón, las galernas de las frondas de las palmeras,  
ve, a través de las borraduras de su rostro,  
los pecios que bautizó: *Invencible, Venganza*.

océano Nox. La noche le susurra al océano.  
En guardia con capa de policía patrulla  
la frontera de alambre del hotel. Respondo a su saludo.  
La linterna oscila a través de una espuma de sal,  
así sobre la vieja colina de calaveras  
echa de peladas cortezas de cocos, la falla original  
terada por la oscura conmoción de los bajíos;  
anta un *reggae* bajo una luna tan brillante  
de se pueden leer las manos a su luz. Una banda de metales toca  
*lissandos* de oleaje en torno al cenador de la piscina del hotel,  
oblando el arco voltaico de la luna.

una oleada de sonido, un eco en lo alto  
(que no altera el óvalo de la luna en la piscina),  
de late en la memoria cuando, camino del colegio  
la universidad, añoraba el teatro  
de altas nubes marlowianas, mi herencia  
de ese mismísimo gran globo, y lo que leí  
penetró en mí como las olas, que reabren los mojados  
oros de la arena y forman torbellinos en el fondo de la caverna,  
asta que en la pared de esta casa de la playa, siglos más tarde,  
urmuro las líneas del mar, y retroceden  
asta el rubí y esmeralda de un reactor que se pierde en la distancia:

Negra es la belleza del más luminoso de los días».

egra la circunferencia en torno a sus anillos  
de irradian desde la negra invisibilidad,  
egra es la música que la redonda boca de ella canta,  
egro es el telón sobre el que brillan las diademas,  
egra es la perfección de la noche, que oculta sus defectos  
excepto la grieta de la línea del horizonte;  
hora todo está cambiando, pero en tiempos mi foco de atención  
staba en la luna llena, no en lo que rodea la luna,  
ni la linterna de un vigilante, no en el vigilante,  
hipnótica estela de la Historia.

e enumerado sus bellezas toda esta semana,  
su blanco disco se mueve como la lente de una cámara  
lo largo del ébano de una mejilla de alto pómulos,  
se refiero a la de Anne Daniels, la de Lauretta Etienne,  
las bocas talladas en arco, el medio globo de sus ojos serenos,  
superficies tan pulimentadas que su piel rechinaría  
se frotara con el dedo hueso arriba,  
y risa blanca como las rompientes en su sonrisa,  
demasiado modestas para ser actrices, ambas  
envueltas en algodón marino, procedente de Benin.

océano Nox. Los relojes reanudan su movimiento,  
el láser del faro se desliza sobre una ola;  
ella era diferente susurra al océano,  
sus frondas tomarán de la mano a la vieja luna  
la conducirán suavemente a una tumba de nubes;  
cruza la hierba oscurecida de vuelta a la casa;  
entonces todo su resplandor vuelve,  
convirtiendo a las ranas en relojes de sol sobre el césped;  
hay un anillo en torno suyo, que vaticina lluvia,  
no representa nada más, en esa cara inexpresiva,  
de la inocencia de la Historia o su remordimiento.

dejemos pues que su luz se disuelva en la memoria de  
la tarta y terciopelo del cuello de una nube,

scureciendo los baldosines cuadrados de una mesa de cocina,  
nortiguando los vítores de una multitud de rompientes  
de aplaude lanzando cimas de espuma hacia el espacio  
Cerrar la puerta y echar el cerrojo, al  
ensar en mujeres con cuellos flexibles  
omo las palmeras que se inclinan, y observar cómo el ratón  
e escurre de vuelta a su madriguera. La pluma de una palmera araña  
pergamino del tejado. En la base de una lámpara de latón,  
uevas moscas, y restos de cerillas de madera.

na garabateante plaga de moscas. Vete a la cama.  
ras la lluvia de la mañana, el almendro estremecido  
e sacudirá el sudor de la pesadilla de su inclinada cabeza.  
as olas alisarán la página de arena e incluso  
s cúmulos cambiarán su idea del paraíso  
Limpiar el sol el plumín de una fronda de palmera,  
en las húmedas colinas, congregaciones de aves  
ueban una nueva lengua, porque éstas son sus costas,  
la vieja luna mira boquiabierta, sin palabras,  
omo cualquier fantasma al cantar el gallo, mientras una fuerza  
gita las palmeras, alegrando sus corazones y los vuestros.

## PESCA NOCTURNA

sedal, palangre para cada palabra  
en el balanceo nostálgico  
de una negra piragua anclada  
en fósforo balbuceante.

las antorchas de los pescadores de cangrejos  
siguen la tortuosa línea de las olas,  
la página de una nube se calcina  
en medio de un olor a queroseno.

las espinosas estrellas aureolan  
el negro grito de la sibila:  
*Apothenein thelo*  
en helo morir».

pero el sedal, vivo en las profundidades  
de los ignorantes bajíos explotan,  
nada entonces los plateados nombres  
de las canoas boquiabiertas.

## PARA NORLINE

sta playa permanecerá vacía  
ara nuevos amaneceres color pizarra,  
e líneas que las olas continuamente  
orran con su esponja,

alguna otra persona vendrá  
e la casa aún dormida,  
n tazón de café calentándole las manos  
omo en otro tiempo mi cuerpo acogió el tuyo,

ara memorizar este pasaje  
e una golondrina sorbedora de sal,  
omo cuando se ama una línea en  
na página, y se hace difícil pasarla.

## **2. EN OTRA PARTE**

# ORACIÓN DE ALABANZA A W.H. AUDEN

*(Leída en la Catedral de St. John the Divine,  
Nueva York, el 17 de Octubre de 1983)*

## I

No hay duda, ese rostro cuarteado  
está profundamente fruncido, y debe de detestar  
nuestra solemne basura,  
astiado de nuestra farsa canonizadora,  
en modo de ensalzarnos a nosotros mismos, con versos  
la vez devotos y pretenciosos.

En todo, tal vez nos perdone a aquéllos que nos reunimos  
en contra de su voluntad en relucientes bancos de iglesia  
esta tarde de otoño;  
del mismo modo que los mapas recuerdan a los países, el semblante  
define al hombre, y el suyo aparece  
invocado por nuestras súplicas.

Un rasgo de granito, agrietado y nítido

omo la tierra en Giotto, es  
lecuado para este presbiterio,  
boca burlona con sus paréntesis de dolor,  
os ojos de lagarto cuyo lema es:  
os opuestos se anulan.

a que otras voces se deleitarán  
on todo lo que dejó el cuerpo del  
uden mortal  
glos después de que Kirchstetten  
berara a su inquilino del Tiempo y su carga  
la luz de las velas;

orque aquello que añoramos es en la misma medida  
uestro propio destino, cegado por la luz  
e su extraña llamada,  
una vez que abandonemos esta iglesia en penumbra  
nos encontremos en las aceras en la noche  
ara ver la caída

e una hoja como un serafín rubricando el arco  
e la luz de una farola, y sigamos nuestro camino  
acia egoístas futuros,  
uestros pasos al resonar en la oscuridad  
e la calle tendrán, como compañía,  
i sombra.

n otoño es cuando las pequeñas guerras emprenden  
is ebrias ofensivas; los cielos giran  
on vacilantes haces exploradores;  
ero tú, que abandonabas todas las fiestas a las nueve,  
ibías que la guerra, como el verso libre, es un signo  
e muy mala educación.

sta noche, cuando cada parabólica despliega  
on picos de sonar su amplificadora

ración junto a la chimenea,  
os guardamos las tuyas para nosotros, una voz  
terior, intrincadamente cableada  
omo nuestra salvación.

## II

n tu llano mundo de silencio  
s fisuras que produce la palabra  
e cierran. Una lavandera rubrica  
el margen de una playa.

ronto, desde las silbantes tundras,  
os gansos que siguen el arco de la tierra  
encontrarán con precisión unas Indias  
en la oscuridad con olor a lima.

uestras conjugaciones, Maestro,  
guen basándose en el batir  
de alas que dio su forma a  
nuestro alfabeto cuneiforme,

unque las trituradoras zumban iracundas a través  
de la tarde de neón,  
los diales guían el matrimonio de la tierra  
con una irascible luna;

el provocador Arturo,  
el visible zumbido de Saturno  
muestran, en sus esferas, un coro  
de epitalamio;

tanto más lejos está la estación espacial

de su soporte newtoniano,  
tanto más aumenta la conversación del hombre  
con sí mismo.

En tiempos, más allá de una capilla de madera,  
tranquilas calles coloniales abajo,  
los elevados acordes de Wesley<sup>[9]</sup>  
eran recios como gargantas de minero;

En la traición como en la unión,  
a pesar de los daños infligidos por tu Imperio,  
celebré allí mi primera comunión,  
en la lengua inglesa.

Que esta desposesión  
que hizo de la posesión un gozo,  
candando, estricta como un salmo o una lección,  
aprendí tu poesía.

### III

nochece. Palomas grises comen con glotonería  
sobre la pizarra de St. Mark. Un rostro  
nos sobresalta con su contorno  
de escaleras de incendio iluminadas por el sol.  
Una sombra en pantuflas se apiada  
entre las barandillas entre las que se mueve,  
iluminando con un *Nunc Dimittis*  
la ciudad que aún ama.

El oficio que extrañamente escoges  
para la boca para que hable por todas,  
Oh Luz a la que ninguna oscuridad rechaza,  
Oh Espacio impenetrable,

¡Ja, entre las constelaciones,  
¡Chispa que aquí honramos,  
¡Oya planetaria paciencia  
¡Acepte su terrena oración:

¡Que la Ciudad sea Justa,  
¡Que la humanidad bondadosa,  
¡Que la gabarra se mueve, cubierta de óxido  
¡Que el viento del East River,

¡Que las desembocaduras de todos los ríos  
¡Que están encalmadas, y los estuarios

splandecen con la estela que otorga  
artesano el don de la paz.

## EN OTRA PARTE

*(Para Stephen Spender)*

n algún lugar un caballo blanco galopa con sus crines al aire  
orroveando en torno a un campo cuyos postes  
stán rodeados con alambre de espino, y los hombres  
mpen piedras o reúnen las gavillas en almiares.

n algún lugar las mujeres están hartas del embozado sollozo  
el mar, ya que los esquifes de los pescadores  
guen haciéndose a la mar. Es azul como la paz.  
n algún lugar están ahítos de historias de torturas.

n algún lugar hubo un arresto.  
n algún lugar se recogió una pequeña cosecha  
e cadáveres en un camión. Los soldados descansan  
n algún lugar junto a una carretera, o fuman en un bosque.

n algún lugar ruge la ira en una conferencia  
or una atrocidad. En algún lugar se arranca  
la página, y de algún modo el follaje  
o parece ya hojas, sino camuflaje.

n algún lugar hay un camarada,  
n escritor que yace con los ojos muy abiertos  
obre el tictac de un colchón, que no leerá  
sto, ni escribirá. ¿Cómo hacer una pluma?

venos aquí Ubres por algún tiempo, pero  
n otro lugar, en una tercera, o una séptima parte  
e este planeta, la sumaria culata de un fusil  
vienta un cráneo introduciendo en él la idea de un paraíso

onde nada es gratis, donde el aire azul  
s frágil como el papel, y todo aquello que escribamos  
rá sellado dos veces; una carta azul,  
i garganta hendida por el abrecartas del estado.

el otro lado de estos negros barrotes  
iran rostros emaciados. Los dedos  
e aferran a los travesaños de estas estrofas  
esto ocurre aquí, porque en otro lugar

is miradas se difuminan en el olvido  
nuemente, como los números sin rostro  
e nos desconciertan en la guía  
lefónica. Como las masacres del año pasado.

l mundo está libre de culpa. El crimen más oscuro  
s hacer de la conciencia una profesión,  
ntir a través de nuestros propios nervios el grito silencioso  
e las ramas del invierno, interpretar los prodigios como signos.

# VAPOR

*(Para Leslie Epstein)*

Mujeres envueltas en mantones espantan cuervos negros de un campo de  
rastros.

Ellos a volar como letras, se posan de nuevo en esvásticas.  
Una estrella roja brilla en una hoz, las mismas mujeres envuelven  
un candelabro de siete brazos en un colchón.

En una penumbra cobriza alguna Judith pela una cebolla  
hasta el corazón. Metales graves bordonean monótonamente su fe.  
Güevos enguantados aporrean la puerta de la cocina. Ella la entreabre.  
La cabeza de Holofernes se pudre en un cuchillo de pelar patatas.

Recuerdo a la abuela de huesos de pájaro trinando al son del chirrido  
de un eje. Una nota aguda, otra grave.  
Bicicletas, carretillas, coches de niño, vagones de carga  
largos como una semana  
En la niebla al borde del campo, un arroyo que fluiría

Hasta el confín de esta tierra. Los topos de hocico de estrella  
los olían llegar y se retiraban silenciosamente,  
revolviendo de nuevo sus aterciopeladas pieles en agujeros.  
Las estrellas por su parte no hacían nada, pero observaban.

Cuando tu propio nombre te suena extraño, estás en  
una provincia extranjera. Gritaban los nuestros en columnas

1 alguna *Strasse* bajo el dominio del cuervo negro.  
a llovizna enumeraba nuestros cráneos. Nos convertimos en sumas.

reo en el 10. En mis manos. Pero pasando de 1.000.000  
e cansan como cangrejos. Todos esos ceros calvos  
an por suma una mentira, los huevos de piojo arremolinados  
1 la cabeza mal afeitada de un niño.

ero el Arte estaba con nosotros. Nuestras camisas eran los compases  
e los manuscritos que alimentaban los hornos.  
través de las tiznadas cuencas de ojos huecos como oboes  
íamos esos trémulos *scherzos* de Beethoven.

espués, nos hacinábamos, avergonzados como Adán. En un rincón alicatado  
seaba un tubo de caldera. Padre, si nos sentimos traicionados,  
erdona a nuestros espíritus, que creían que la sauna de Zyklon  
exterminaba a Ti, a cuya imagen estábamos hechos.

omo árboles en la niebla, los hombres siguen siendo horcas ambulantes  
e cruzan un campo labrado en cuyo perímetro  
e eleva el humo de un estercolero o un horno de gas  
ablando este globo, empañando el cristal.

na ventana rajada puede hacer ralear la temperatura  
e un baño humeante, el cabello arremolinado de un espejo;  
s ceros que burbujan en el agua desnuda, adoquinada,  
orgotearán y desaparecerán al tirar del tapón,

ero la niebla de los campos de patatas, el error al que  
ohn Webster llamó «una neblina generalizada», condensada  
1 el obstinado empañamiento de un espejo de baño,  
o puede eliminarse por deprisa que giren las manos.

## AMÉRICA CENTRAL

os helicópteros cortan como machetes los plátanos silvestres.  
ntre un pulgar y un índice de nicotina  
ágiles rostros se deshacen como hojas de tabaco.  
os niños chapotean en camiseta, sus piernas arqueadas,  
queños camarones enroscados bajo sus ombligos.  
os dientes de los ancianos son tocones en un bosque calcinado.  
us pieles raspan como la de la iguana.  
u mirada es como de pizarra.  
as mujeres se sientan junto al solaz del río  
de los niños vadean con el agua por las rodillas,  
una vara agita un centelleo de mariposas.  
llá arriba, en los acres azules  
e bosque, las moscas vuelan en torno a sus padres,  
n primavera, en las provincias altas  
el Imperio, tanagras amarillas  
ciernen entre las ramas desnudas.  
o se distingue desde esta distancia.

## PAZ ROMANA

En rápida decadencia como las hojas de los bosques de Germania,  
el senil Augusto se lamentaba a gritos por sus legiones  
a lo largo de erectas columnatas. Al anciano le deprimió más  
esta derrota en particular que sus victorias. Bueno, las leyendas vivas  
se ven constreñidas por la locura y la morbosidad.  
Las antorchas maniatadas magnifican su sombra  
mientras se dirige a la cama, y sus sandalias arañan el sucio  
suelo como un palo que rastrilla hojas podridas y correosas.  
Empuja descarnadas ramas a través de las mangas  
de su camisón, y reza pidiendo descanso.  
Sólo la lanza de una vela guardará su sueño.  
La flema marmórea de Roma yace sobre su pecho.  
La esfinge mira la arena con ojos sin párpados.  
Mi legión, mi legión, dejad que el anciano se lamente;  
su tumba es menos profunda que los suspiros del joven Alejandro.

El pillaje, las espadas melladas, el acero brillante como el fuego  
descansan como lenguas en sus vainas. Un murciélago  
vuela en torno al lechoso parió, una moneda  
con un perfil devorado echa carreras a las estrellas  
hacia Alemania, donde en las lanzas de la legión han brotado  
hojas después de la ignominiosa guerra, y las heridas del combate  
han sido suturadas por el musgo. Un búho observa fijamente  
y bebe la luz de la luna con sus ojos de plato.  
Hay sólo un búho. No Minerva. El trono,  
en nalgas que lo calienten, alarga su sombra. Una rata

La temblorosa nariz se yergue interrogante,  
Después, desconfiando de tanta paz, se desliza como una hoja muro abajo.

## SALSA

El Morro tiene un ojo, una ranura.  
Es piedra dura y gris, con un visor  
Como el yelmo arañado de un conquistador.  
Estos días no pasa gran cosa en sus alrededores.  
La fronda de palmera se oxida como una espada castellana.

Pero allí, las mujeres tienen piel de granada  
Ojos como aceitunas negras, y cabello que brilla  
Azul como ala de cuervo, si son indias.  
Pero los indios eran toltecas y no recuerdo  
Nada más. Pero en los Ramada y los Holiday Inn,  
En los vestíbulos con chorros de agua y plantas  
Húmedas, un combo de salsa canta:

«¡Ay, caramba, gringo!  
*¡Empieza a parecerse a la de Nueva York!*  
O Miami, mi amigo, la lengua  
*que hablan las susurrantes palmeras!».*

Como a los herrumbrosos y blancos muros de Cartagena,  
Como el árbol lee la palma de la arena,  
Pero sus líneas se desvanecen rápidamente; suena «Malagueña»  
Interpretada por una banda con sombreros de paja,  
Un gallo joven se pavonea con sus plumas de Quetzalcoatl,  
Las ennegrecidas frondas de las palmeras son vacas

sadas a la parrilla por bandoleros, igual que las del Hilton.

ada atardecer se escucha como maracas  
estertor de muerte del bajío,  
un viento como una flauta de bambú,  
lúfonos de huesos en la hierba.

## DOMINGO EN LA VIEJA REPÚBLICA

llí donde una catedral muestra  
la faz anaranjada hendida por el sol,  
los cos en abanico y rosetas,  
un carruaje adornado con negras borlas

traviesa desde siglos pasados  
la verja de hierro negro  
el parque que respira  
través de esas costillas, las doncellas

niegan de los traspiés de los niños  
frente a los lagos artificiales  
y los que flotan errabundas multitudes de  
barcos, un barbado *fin-de-siècle*

se posa su brazo en la curva de mostacho  
sobre un banco de hierro. Sombreros de seda,  
arrugados trajes de vaporoso lino,  
libélulas cuyas alas de gasa

se desvanecen como arco iris.  
lentiras. Jamás fue así.  
Nunca hubo paz alguna  
y las varillas de las sombrillas,

porque la paz sólo existe

la prosa umbría  
de la imaginaria república, en sus  
sueños impresionistas.

camino abajo, por el viejo camino color  
de melocotón, suena el organillo de  
un ex-combatiente, un parche  
en un lugar de un ojo siguiendo el interrogante de la cola

los ojos de su mono,  
que parecen siempre asombrados  
por la cadena que rodea su cintura  
por los gritos de las niñeras

los niños que hay al borde  
del prado que se oscurece,  
donde un cisne y sus crías  
andan cada vez más deprisa

va corriente abajo.

## COLONIAL FRANCÉS. «VERS DE SOCIÉTÉ»

o puedo mirar a los ojos a un ex-combatiente,  
a un embajador, o acabar de leer la prosa  
de las autobiografías, bloques de historia,  
o pasear por bulevares largos como óperas.

laurois, o Mauriac —pero no Malraux,  
justo marxista, profeta del *Destino del Hombre*—  
algo que leí hace muchos años  
se me quedó grabado, sin recuerdo preciso de la fecha,

comparaba la simetría de una obra de arte  
con un reloj de arena. A los franceses se les da muy bien  
este tipo de cosas; todo gabacho es un Descartes:  
*logito ergo*, esa evidente *bêtise*.

recuerdo que la atmósfera de Martinica  
era confortablemente colonial —tabaco, marquesinas, Peugeots, gendarmes de  
rosa,  
o orgullo expresado en un lenguaje que yo no osaba hablar  
con despreocupadamente como las gesticulantes palmeras

ntes de Argelia y Dien Bien Phu—  
o nauseabundo sentido de la tradición y el orden  
girando en torno a las estatuas de Josefina o de Schoelcher,  
que era una cultura que aborrecía el agua,

contaminaba todo con el adecuado buen gusto—  
luz, los ponches, Cinzano en los ceniceros.  
uestra ciudad recibió su nombre del marqués de Castries,  
omo el general que perdió Francia ante los vietnamitas.

so no es importante. Hoy sólo una diva es tan grande  
omo un imperio. Un reloj de arena. Es por ello por lo que  
dígito más simétrico es el 8—  
parte de unas gafas, una *Madame* Butterfly de alas redondas.

## MIMÍ, LA CASI-SUICIDA

Alguien le dijo que tenía ojos tristes, interesantes.  
Después de eso, se acabó todo. Se detuvo junto al puente.  
Estudió las curiosas irisaciones serpenteantes del río.  
Pudo dejarme caer para hacer una visita. Buena promoción profesional:  
felia, *Mrs. Woolf*, y esa *feministe garbage*.  
En final mucho mejor que un amor sencillo y provinciano:  
una acera empapada, una bolsa de papel marrón mojada.

## FAMA

esto es la fama: domingos,  
una sensación de vacío  
como en Balthus,

alleguelas empedradas,  
luminadas por el sol, resplandecientes,  
una pared, una torre marrón

el final de una calle,  
un azul sin campanas,  
como un lienzo muerto

un su blanco  
un arco, y flores:  
gladiolos, gladiolos  
architos, pétalos de piedra  
un jarrón. Las alabanzas elevadas  
el cielo por el coro

interrumpidas. Un libro  
de grabados que pasa él mismo  
s hojas. El repiqueteo

de tacones altos en una acera.  
un reloj que arrastra las horas.  
un ansia de trabajo.

## MAÑANA, MAÑANA

recuerdo las ciudades que nunca he visto  
exactamente. Venecia con sus venas de plata, Leningrado  
con sus minaretes de *toffee* retorcido. París. Pronto  
los impresionistas obtendrán sol de las sombras.  
Oh! y las callejas de Hyderabad como una cobra desenroscándose.

haber amado un horizonte es insularidad;  
nuestra visión, limita la experiencia.  
El espíritu es voluntarioso, pero la mente es sucia.  
La carne se consume a sí misma bajo sábanas espolvoreadas de migas,  
aprovechando el *Weltanschauung*<sup>[10]</sup> con revistas.

hay un mundo al otro lado de la puerta, pero qué inquietante resulta  
encontrarse junto al propio equipaje en un escalón frío cuando el alba  
pinta de rosa los ladrillos, y antes de tener ocasión de lamentarlo,  
vega el taxi haciendo sonar una vez la bocina,  
deslizándose hasta la acera como un coche fúnebre— y subimos.

## ARROYOS

siempre que la lluvia iluminada por el sol  
arrastra sus redes chorreantes  
sobre las oscuras colinas de detrás del cerebro,  
escucho una y otra vez un Gales  
en batido por el viento que resulta refrescante.  
Los pastos se iluminan con noticias  
de ovejas agujoneadas por la llovizna,  
Gales, en toda su verde extensión,  
desde la pizarra mojada al torreón,  
el ruido de riachuelos de las colinas de escoria  
se alza con la voz de mí madre  
en su viuda, arbolada fortaleza,  
mientras los *pubs* se transforman en iglesias  
la luz del hogar con lengua de cerveza se apaga  
al hablar de Taliesin<sup>[11]</sup>.

Los arroyos relampagueaban allí como hebillas,  
traigados apretones de mano  
en voz de pana se cerraban  
sobre mis muñecas, y escuchaba un lenguaje  
hecho de piedras mojadas y brumas  
en cada tozudo signo bilingüe,  
en el país iluminado por las nubes de Vaughan<sup>[12]</sup>;  
bajo las colinas de escoria la ira  
de abolicionistas negros de carbón,  
mientras con el harapiento vestido

de un arroyo desgarrado en encaje al sol  
de princesa de cabellos de brezo  
hacía una reverencia con su garañón blanco como la leche,  
incorporándose a las bordadas hojas del  
lenguaje de Taliesin.

pero vi el pecado capital de Gales,  
en Rhondda<sup>[13]</sup> acongojado por un  
silencio mineral, y a una jábega  
acercar Aberystwyth.  
Entre grandes y agobiadas chimeneas  
y Sabbaths sin humo, los estorninos  
se deriva sobre cenizas, las canoas  
formaban boca abajo en la arena, ningún himno  
salía de las negras gargantas de las minas  
y, sobre ellas, se escuchaba el canto  
de una alondra, era la única máquina  
con poder para «Ser un Peregrino»  
y las paradisíacas millas  
del país de Taliesin.

reconocía la condición colonial.  
En la verde estación carbonera  
de nuestra bahía, había mañanas  
de antracita, en las que rezábamos  
y duros bancos, y oíamos sermones  
acuosos como los embarcaderos, y veíamos las deshilachadas  
uniones de mineros con rostros tiznados como cómicos<sup>[14]</sup>  
sobre los adoquines mojados, descubiertos de sus pacientes  
corras en la misión de la noche;  
el canto es el primer sometimiento,  
o canturreaba para mis adentros las frases  
de la fe de mi infancia mientras me dirigía  
hacia la estela del sol iluminado por la lluvia  
hacia las ovejas y las mojadas colinas de Gales  
sobre la hierba de arpa de Taliesin.

## FAROLAS DE INVIERNO

Pertenecen al pasado estos  
días sin tarde,  
farolitas como báculos  
que hacen las mismas preguntas?

¿Te reirás en la escalera  
por mi torpeza con la llave?  
Estará vacío todo el día  
el espejo de tu dormitorio?».

El estruendo del tráfico  
hace caer nieve de un puente.  
La capa de hielo se rompe  
por la grieta matrimonial.

El viento toca suavemente mi hombro  
para que cruce en el momento propicio;  
los motores agazapados tiemblan  
en su línea de salida.

Sobre la nieve embarrada de la acera  
se lleva a nuestra casa sin luces,  
así junto a la iglesia cerrada  
su horario de atención al público,

lo largo de calcinados pasillos

de esqueléticos árboles  
sin signo alguno de la flameante sobrepelliz  
de un cardenal;

dedos bursíticos  
de contraen en una verja blanca  
el inmenso iris se vuelve  
gris por las cataratas,

mientras delante de mí mi deseo  
de adelanta a cada habitación  
accionando interruptor tras interruptor  
para darse la bienvenida;

transformado en una de las sombras embozadas  
de nuestra calle, paso ante  
ventanas anaranjadas  
y las que los matrimonios se llevan bien,

arriando mi bigote  
con una lengua que percibe  
no tus labios, sino cenizas,  
y una chimenea apagada,

esa amarga ceniza gris  
como la que producen los leños de abedul,  
tizando cada pestaña  
con su maquillaje de neuralgia,

igual que el liquen que se extiende  
multiplica sus células blancas,  
nuestro bloque blanco está tan afectado  
como el de aquel hospital,

donde se perdió nuestro hijo,  
mientras yo miraba a través de un cristal  
cómo pasaban con sus sábanas blancas

os fantasmas de las madres.

a nieve se amontona  
obre las verjas, su acumulación  
onvierte los pinchos de hierro  
n puntas de flecha;

re la blanca pradera de Brookkline,  
soplan formas encorvadas, hirsutas—  
on la cabeza gacha, en menor número cada año,  
omo el búfalo

n esta segunda Edad de Hielo  
e nos ha sido prometida  
or la ira de los furibundos predicadores  
los científicos de bata blanca

en la última farola,  
nte la puerta de color pardo,  
ento que el calambre del invierno  
e atenaza aún con más fuerza.

damascadas telas de araña  
lornan los entrepaños; se congelan  
asta que la máscara de arqueadas cejas  
e la Tragedia estornuda

obre las fachadas de los teatros de nuestra  
media, y copos de yeso  
aen sobre los muebles  
el amortajado Boston, y en menos

e lo que tarda en hundirse el pozo de una mina  
eo el agujero negro  
n que hemos convertido el cielo.  
le limpio las suelas de las botas

En el escalón. Después pateo  
la puerta sellada por el hielo.  
O puedo atravesar su barrera  
para llegar al fuego del núcleo de la tierra.

Cada vez me asusta más  
la hilera de vestidos  
colgados como preguntas, el amor de  
la horquilla me atraviesa.

La llave no entra.  
Se ha hinchado  
el metal ha encogido. Lucho  
con la cerradura. Después me recuesto,

dejando humo. La desesperación  
puede ser vasta, puede blanquear  
el Ártico, pero está claro,  
mientras obligo a la puerta a abrirse

que no es realmente el fin de  
este mundo, sino del nuestro,  
que ya he tenido bastante  
de cualquier tipo de amor ahora que te has ido.

La fría luz del horno  
sonríe de nuevo ante la noticia.  
Emeto nuestra colcha alisándola.  
Me acuesto con los zapatos puestos.

Entro a la cama, un sedimento marrón  
azul estrías en mi taza de café.  
Quise comprar sal.  
Como de pie.

He perdido mi fe en las respuestas,

s manzanas, la luz del hogar, el pan,  
n las ventanas cuyas ramas  
dejaban fría, y te aburrían.

# PARA ADRIÁN

14 de ABRIL, 1986

*(Para Grace, Ben, Judy, Junior, Norline,  
Kairyn, Gem, Stanley y Diana)*

lira, y verás que los muebles se desvanecen,  
de un armario es tan insustancial como una puesta de sol,

de puedo ver a través tuyo, del tejido de tus hojas,  
luz detrás de tus venas; ¿por qué sigues sollozando?

os días se escurren entre los dedos de la luz como polvo  
como entre los de un niño la arena. ¿Rompes a llorar

ando miras las estrellas? Cuando miras el mar  
no sientes colmado el corazón? ¿Piensas que tu sombra

uede ser tan larga como el desierto? Yo soy un niño, escúchame,  
ni invité ni inventé a los ángeles. Es fácil

er un ángel, hablar desde más allá de mis ocho años,  
star investido de más autoridad vestal, y saber,

orque ahora participo de una sabiduría, no de un silencio.  
Por qué me echáis de menos? Yo no os echo de menos, hermanas,

ni a Judith, cuyo cabello ondeará como el del leopardo  
ni el orgullo de su juvenil porte, ni a Katryn, ni a Gem

entada en un rincón de su dolor, ni a mi tía, la de  
sus ojos suaves que han reconfortado al que esto escribe,

o nunca os rompería el corazón, y deberíais saberlo;  
o nunca os haría sufrir, y deberíais saberlo;

no estoy sufriendo, pero es difícil saberlo.  
oy más sabio, comparto el secreto que es tan sólo un silencio,

on los tiranos de la tierra, con el hombre que apila harapos  
ni un chirriante carro, y da la vuelta a la esquina

ni una plaza al atardecer. Medís mi edad equivocadamente.  
o soy joven ahora, ni viejo, sino un capullo

ortado antes de que floreciera, soy parte del músculo  
de un león al galope, o un ave volando bajo sobre

años oscuros; y aquello que en vuestro dolor, en vuestras caras  
se aúllan como estatuas, llamáis un adiós

s —me gustaría que me escucharais— una bienvenida diferente,  
se compartiréis conmigo y conoceréis como cierta.

odo esto habló el niño en mi interior, así que lo escribí.  
omo si su tumba al cerrarse fuera la sonrisa de la tierra.

## SALVOCONDUCTO

ilke fue llevado a los cielos en un remolino.  
espués de él, Pasternak.  
no de ellos fuma con los serafines,  
otro ha regresado

ara caminar pesadamente junto a estanques congelados  
on sus sauces abiertos como arpas,  
i melena gris la de un garañón,  
i corazón como el de Akhmatova<sup>[15]</sup>

omo un caballo gris en invierno  
ae, a través de espesos torbellinos de nieve,  
irse haciendo cada vez más blanca esta página,  
lincha, y aparece en ella.

## PENTECOSTÉS

lejos una jungla en la cabeza  
de hormigón sin raíces,  
lejos sentirse perplejo  
ante la tortuosa calle de las luciérnagas;

las farolas en invierno no muestran  
donde desaparece la acera,  
ni tampoco pueden estas lenguas de nieve  
hablar en nombre del Espíritu Santo;

el silencio que se alimenta a sí mismo  
de palabras arrojadas desde un tejado  
añala a lo largo de raíles de hierro,  
no una dirección, si no una prueba.

pero lo mejor es este oleaje nocturno  
con lentos textos sagrados de arena,  
que envía, no ya un serafín,  
no un cormorán tardío,

un grito al desvanecerse impulsa  
través del bajío fosforescente  
y que, en mis evangelios infantiles,  
solía llamarse el Alma.

## LA JOVEN ESPOSA

*(Para Nigel)*

az que todo tu dolor sea pulcro.  
hueca las almohadas, alisa las esquinas  
e su colcha favorita.  
scribe a quienes guardan luto por ella.

l atardecer, después de la oficina,  
corre el risco de un sillón,  
valle de las sombras en los sofás,  
follaje muerto de las cortinas.

Ah, pero el espejo —el espejo  
de crees que ha descubierto  
traidor que sientes ser—  
de empaña, por mucho que lo limpies!

os capullos del papel de la pared  
o se inmutan ante los apagados sollozos  
de no deben oír los niños,  
ante los cajones que no te atreves a abrir.

lla se ha ido con aquel visitante  
de se sentó a su lado, como el viento  
errando suavemente la puerta del dormitorio;  
de fueron cogidos del brazo,

dejando atrás la foto de boda en  
el marco labrado, un rostro sonriéndose  
sí mismo. Y el teléfono  
cuello. La carga

que arrastramos a este lado más pesado  
de la tumba no resulta reconfortante.  
Pero el voto que fue expresado  
en el encaje blanco te ha traído  
hasta la linde misma  
de esa promesa; ahora, para algunos,  
los púas del seto de espino  
se transforman alegremente en flores

el corazón en desconsuelo.  
El sol se reclina sobre el suelo de una cocina.  
¿Sigues colocando el tenedor y el cuchillo  
en su sitio cuando pones la mesa para comer.

Los niños se apropian del espacio  
que deja una silla retirada  
nada puede ocupar el lugar de ella,  
nada y ahora aún más profundamente amada.

Los niños aceptan tu respuesta.  
Te sorprenden cuando ríen.  
Ella está ahí sentada diciendo con su sonrisa que el cáncer  
mata todo menos el Amor.

# ELEGÍAS DE VERANO

## I

Cynthia, las cosas que hicimos,  
nuestras manos cada vez más audaces  
mientras el sujetador desabrochado se deslizaba  
sobre tus hombros quemados por el sol!

Embloroso te lo quité  
dos cuartos de luna blancos  
se dieron desnudos como polluelos de gorrión,  
ardieron tardes enteras.

Eramos un solo cuerpo en el agua  
mientras en las guaiabaras una paloma  
rullaba asombrados «Ooos» ante  
sus cambiantes formas del amor.

El tiempo nos prestó toda la isla,  
ahora el calor y la imagen se desvanecen  
como el encaje de la espuma, como el bronceado  
en un hombro con una marca blanca.

a sal se secaba en cada fisura,  
de cada día abrasado por el sol,  
rancaba el tejido como papel  
e mi piel muerta;

olaba como una pluma cuando soplaba sobre él  
desde la renacida piel ungida con aceite,  
ntiendo que el amor podía renovarse  
que era posible empezar una nueva vida.

n día apacible. Ni una vela.  
l mar como papel de fumar  
isado por una uña de pulgar roja,  
después plegado en un pequeño cuadrado.

a bahía resplandece como papel de aluminio,  
e ondula como virutas de madera;  
das las tumbonas están ocupadas,  
ero la playa está más vacía.

l viejo interrogante de la serpiente pende  
e almendros o manzanos;  
o tenía el pecho de ella para reposar,  
resto era Historia.

## II

ada duele tanto como la palabra «California»,  
hiriente luz de Los Angeles. En la inconclusa Venecia  
n fresco inacabado parece más falso en su profecía  
de lo prometido: góndolas, *palazzos*, su propio Puente de los suspiros.  
culta bajo sus pintadas un paraíso dibujado.

lás penetrante que el olor de los eucaliptos es el del amoníaco  
e los retretes de la playa, había neblina pulverizada en el aire.  
or aquel entonces mi corazón era capaz de dar cabida al Pacífico, ahora  
o es más que otro yermo gris, con sucias rompientes en la llamarada  
e una puesta de sol en verano, radios y barbacoas. Del mismo modo,

quí el carrusel hace girar su oxidado horizonte, más solitario  
de una feria abandonada en la que los caballos blancos tallados  
detienen con un crujido, y las atracciones mudan su parafernalia  
otra playa: Malibú, San Francisco, Santa Bárbara.

ecitábamos los nombres de las avenidas, La Ciénaga,  
ico; me sentía complaciente hacia las falsas apariencias, las falsas fachadas  
españolas,  
s polvorientas escobas de las palmeras; estaba ansioso  
or arramblar con todo, por encontrar poesía en los anuncios del último  
lanzamiento

de ocupaban todo un tejado, las vallas que anunciaban un Sony, una nueva  
forma

e vivir, la nuestra que, estábamos convencidos, era un mal menor, un Hertz  
un Avis; ahora hay tantas canciones en las que figura  
California, y la H de Hollywood hiere.

o había pensado tratar a la ligera la luz de  
los Angeles. En realidad la veía pintando los pinos de las colinas.  
hablaba en serio, yaciendo bajo las frescas sábanas, pero no era más que el  
derecho de  
cualquier ruina a reventar de flores durante un instante, flores extrañas,  
vigorosas enredaderas.

n ocasiones hay más dolor en una canción pop que en toda Camboya,  
ése es el problema, el corazón pone el amor por encima de  
todo, cualquier otro dolor —Chernobyl, una masacre—,  
lenta descomposición del mundo están ahí; no podemos eliminarlos.

a ironía de esto, Cynthia, es que nunca logramos ser dueños de  
nuestro corazón. Debo sonreír, o morir, de ahí esta frivolidad.  
Por eso este fingido buen tono, estas estrofas de escaparate como una *boutique*  
elegante  
en un desierto semitropical. ¿Debo poner fin a las chanzas y hablar  
del nombre del alma? El alma, ¿no era ella acaso tu hermoso y final  
resplandor?

No se correspondían perfectamente vuestros cuerpos? Hueso a hueso, un  
milagro de calibración y métrica, ¿acaso la forma de los  
labios y la pequeña cavidad bajo su garganta, no  
coincidían con la misma facilidad con la que mi mano encajaba bajo su húmeda  
nuca?  
Ella se amoldaba a mis costillas como una barca.

Recordemos el final de esto ya. Que la última línea  
sea un estudio vacío tras el rodaje. West Venice cambia sus filtros  
para el fundido en negro. Nos convertimos, dijo Borges, en libros cuando  
estamos muriendo.  
Yo morí y no me convertí en libro alguno en la ciudad de los Ángeles.

## UN CUARTETO DE PROPERCIO

### I

Sexto Proporcio<sup>[16]</sup> vio a su Cynthia surgir abrasada  
de las llamas de un infierno cuyas libidinosas lenguas hablan  
el mismo lenguaje en todo el mundo, y gritó a aquella horrible máscara  
envuelta en inflamable muselina, a las cuencas vacías,  
el árbol negro que se desmoronaba, «¡Mi Cynthia!». Este verano,  
yo hice más que imitarle. Junto a la casa de la playa, la ventana de la alondra  
capturaba con el sol del amanecer las ramas jóvenes de los almendros.  
Las piedras del hogar son negras, y sus cenizas humean  
cuando se apaga el corazón. El trapo de secar los platos  
se pone a humo. El infierno comienza con una chispa.  
Esta madrugada, alrededor de las cinco, en una ciudad al borde del invierno,  
me sentí sobresaltado por un sonido incongruente, la pasión del canto del  
gallo,  
en dialecto que aullaba con su brillante lengua. El estúpido sonido  
se extendió definiendo la pendiente de una sinuosa montaña,  
cubrió el cielo y se aferró a la cortina de muselina.  
Este es el precio que pagamos, Sexto, por los cerros de  
los omoplatos bajo una sábana, por las hendiduras rendidas, los cuellos

marcados con rizos de angelical cabello. El gallo grita con el sonido de  
la sábana desgarrándose y picotea las puntadas  
con su pico. El precio que pagó ella fue un pendiente,  
la cuya primera sílaba era Pecado, como la tuya era Sexo<sup>[17]</sup>.

## II

nagina Italia, Sexto. Vas calzado, sobre sus piedras rotas  
o se puede caminar descalzo, pero aquí las plantas de tus pies, desnudas,  
ín sienten el ruido del pasado del imperio en la resaca de la marea.  
Tienes que ver Italia sin falta antes de morir».  
ynthia me decía esto, semidesnuda en su cama,  
prometí estudiar más cúpulas en nombre de San Pedro.  
ero, Cynthia, ¿cómo observar bustos de mármol después del tuyo? ¿Por qué,  
ando ambos intentamos aprender de memoria nuestros cuerpos?  
as propias estatuas elegirían la vida antes que el Arte,  
unque la bahía de Castries jamás haya visto a Gaudí,  
as frondas de helecho de los flamboyanes al atardecer son idénticas a las de  
Claude<sup>[18]</sup>.  
Yo me encargaré de que vayamos» dijo ella, «tengo dinero de sobra».  
as hojas del árbol del pan se iban oscureciendo en el exterior de la blanca  
ventana,  
s güiras salían silenciosamente de sus calabaceras,  
s paredes de la cabaña se iban tiñendo de un tono anaranjado a lo Giorgione,  
ero ella me animaba con ello. Vi su frágil sombra  
dear sobre frescos, susurrando bajo grandes arcos  
on columnas que atrapaban en sus poros una luz de miel;  
s ranas empezaban ya a atronar desde la Llanura Pontina,  
s gondoleros bogaban junto a los postes de nuestra cama con remos  
inclinados,  
luz marina en el techo fluctuaba como *palazzos* al hundirse,  
ero ni siquiera por ti puede cambiar su lugar tu Propercio.  
o podría tener lo mejor de dos mundos a costa de aquéllos

de sólo tienen un Tercero; mis góndolas son canoas.

La cocinera limpió de blancas espinas de un pez rojo un plato esmaltado.

### III

aída de imperios que se desmoronan en su abismo infernal,  
visión en las familias, divorcio, estructuras que se derrumban lentamente,  
bhetes que giran en bolas de fuego ante los asombrados augures  
los ojos de Argo de los ordenadores; en la cama, donde más somos  
nosotros mismos, ¿qué eran ellos para nosotros, Cynthia? Otro espasmo,  
lscrito a las convulsiones del error humano,  
igual que una pierna espasmódica se aquieta. La de un centinela en  
Afghanistan.

le volví indolente como Antonio desprendiéndose el precepto leonino  
e un hombro. No quería más laureles o palma ni imperio  
de el tuyo, y lo llevé allá donde más a gusto me encontraba  
ientras ardían los horizontes; tú no deseabas ninguna otra columna.  
li mejilla descansaría en un húmedo montículo de suave y dorado helecho  
ientras el áspid con su centelleante lengua se enroscaba en su cesta.  
a mañana descendió descalza por las pulidas escaleras con un albornoz  
lanco, y pronto el anillo del mar se volvió rojo con el calor bajo un  
burbujeante café colombiano, y tu Propercio,  
e pie en tu fresca galería, inhalaba el sincero salmo  
e la salida del sol sobre las pequeñas bahías  
habría rendido su verso a todos los Césares,  
s falanges de estrofas en formación, a cambio de la paz  
ontenida en el fresco mármol de tu brazo extendido.

## IV

n el reino perdido de Agosto, así llamado en honor de nuestro emperador,  
l sol, en días en los que en las playas la enredadera de la patata silvestre  
orre sobre las dunas enloquecida por la sed, y la arena se rasa  
desmorona como gigantescos bloques de mármol travertino,  
strellas arden por la noche lejanas como las antorchas del imperio,  
n lejanas como estas villas isleñas del latín de un escolar,  
de sentir la llegada del frío bajo una mesa de hierro forjado,  
calor en ese brazo extendido transformarse en mármol,  
ando dijiste, «Nunca he amado a nadie que fuera tan viejo».  
si añades a esa edad la edad de Augusto,  
los dieciséis mil soles que he visto expirar,  
pesar de nuestras diferencias, o como quiera que se diga,  
por qué tu Propercio, Cymhia, nunca ha sido tan feliz?  
l escribe esto en el fulgor del otoño, a finales de octubre,  
oligando a una vela a alejarse cada vez más de nuestra isla,  
iendo como sus versos se escurren como arena entre tus dedos;  
escribe en otro lenguaje, tu venerable  
exto, sobre una corteza que le es extraña, sobre árboles cuyo alfabeto  
ena diferente, en el plateado tiempo de los abedules marcados con  
cicatrices,  
e extremidades envueltas en fuego, y firma Sexto Propercio,  
asta que los árboles calcinados se yerguen en la nieve blanca como letras  
sobre el papel.

## MENELAO

El humo de madera tizna el mar.  
En la hoguera baja la mirada.  
En breve la arena queda circundada de feas  
manizas. Bueno, hubo días

Y los que, a través de sus ojos, gris  
como, vi la basura blanca<sup>[19]</sup> que era  
el len: demasiado agotada para combatir  
las costumbres gitanas.

En su perseverancia suya,  
fierte y ardiente, ha desaparecido;  
En firme colina y el vacilante mar  
se reasientan al sol.

Yo le desearía a nadie su maldición:  
Que de las gargantas manen chorros de sangre,  
Que extremidades amputadas se conviertan en maderos a la deriva,  
Porque una ola haya alzado su bordada falda.

Además claros, encrespados bajíos  
A sin armadura, ni causa,  
Yo me inclino, dejando que  
Las palmas de mis manos cubran de sal mis cicatrices.

Diez años. Desperdiciados en una contienda

or unos ojos grises como el mar. Los de una ramera.  
or debajo de mí, con incrustaciones de coral,  
asan torres, y un pequeño caballito de mar.

# QUE DIOS LES DE FELIZ DESCANSO, CABALLEROS<sup>[20]</sup>

## Parte II

*Vi a Jesús en el Proyecto.*

Richard Pryor

ada esquina es Nochebuena  
n el centro de Newark. Los Magos caminan  
nbutidos en abrigo negro abrazados a una botella  
e alcohol desnaturalizado, y las prostitutas no hacen negocio  
n las oscuras cunas de los portales.  
n rey loco rompe una botella en honor  
la beneficencia, «Mataré a ese hijo de puta»,  
a lo largo de negras manzanas en paro  
cielo está lleno de esquirlas de cristal.

n autobús sale del espejismo de agua,  
n hipopótamo a la luz de húmedas farolas, y sigue su camino  
rvuelto en humo; todas las sombras parecen tambalearse  
ajo las abrasadoras alucinaciones de neón

-vacilantes como una meada, faltas algunas letras,  
xtinguidas— a excepción de dos enfermeras blancas,  
1 vocación aún más blanca  
1 la oscuridad. Faltan dos días para las elecciones.

hannesburgo está lleno de tugurios iluminados por las estrellas.  
s anti-americano establecer semejantes conexiones.  
ensad en Newark como en Nochebuena,  
iando todos los hombres son vuestros hermanos, incluso  
stos; traednos paz en paquetes,  
e no haya más botellas rotas en el cielo  
obre Newark, que no brille como un escupitajo  
1 el umbral de una puerta, pensad en el árbol  
e Navidad con la estrella dorada en lo alto,  
1 la pegatina fosforescente para parachoques que vende un coche que pasa.

ija de tu propio Hijo, Madre y Virgen,  
ande es el refulgir del firmamento de rascacielos  
1 charcos de ácido, la estrella dorada en los escaparates de los almacenes,  
la estrella amarilla en la apolillada manga de la noche  
omo el abrigo negro que Él desgastaba con sus codos delgados como  
cuchillas  
esde el *ghetto* al tren de ganado  
e salía de Varsovia; en ningún lugar es Su advenimiento más inmanente  
e en el centro de Newark, donde tres bombillas dan fe  
e la cuna iluminada por las estrellas, y el árbol canta villancicos  
niño-gorrión: un raterillo negro con el abrigo al viento  
guido por la estrella blanca de un coche patrulla de la policía.

# EL TESTAMENTO DE ARKANSAS

*(Para Michael Harpe)*

## I

obre Fayetteville, Arkansas,  
na ladera conmemorativa de pinos  
uarda las lápidas de piedra de los  
úidos por la Confederación  
n algún momento de la Guerra Civil.  
as jóvenes piedras, tumbadas de espaldas,  
is barbas ensortijándose como musgo,  
o tienen nombres; un golpe de viento ocasional  
n los pinos enumera su lista  
ientras el asedio centenario,  
atrincherada metamorfosis  
n conos y acículas, continúa.  
obre Arkansas pueden ver  
través de los cimbreantes huecos  
ntre los pinos el azul de la Unión,  
ientras los troncos se vuelven cada vez más rojizos.

## II

ra mediados de invierno. El atardecer  
edía paso a los destellos metálicos  
e un sol que se rendía lentamente  
obre las vallas publicitarias, escaparates y señales  
lo largo de la Autopista 71,  
después sobre las puertas con números de bronce  
e mi motel de 17,50\$,  
el metal de mi fría llave.  
onfuso y agotado por el viaje,  
í de espaldas sobre la cama de matrimonio  
omo Saulo bajo los relinchantes caballos  
n el camino a Damasco,  
me quedé quieto, como él,  
asta que mi nombre volvió a penetrar en mí,  
percibí, a través de la puerta con la cadena echada,  
ómo la oscuridad se apoderaba de Arkansas.

### III

e devolví la mirada al techo de  
elotex de la habitación 16,  
on el abrigo aún puesto, durante minutos  
ientras la llave caldeaba mí mano  
-TV, teléfono, servicio de camareras,  
una intuición del solar del aparcamiento  
través de ladrillos de cenizas— nostálgico  
e islas con costas ribeteadas  
omo la colcha, de color amarillo mostaza.  
na cucaracha cruzó la oceánica  
fombra con precipitados golpes de remo  
asta un Sur que conocía, tranquilas  
guas poco profundas de un verde cristalino.  
studié de nuevo cómo el resplandor  
ucre en una pared, hasta que un intrincado  
eón garabateó en ella su firma.

## IV

En recepción, inclinado sobre *Mr.* \_\_\_\_\_  
Por un instante sentí la tentación  
de cambiar mi nombre en el registro.  
En lugar de ello seguí con el juego  
de fingir que quienquiera que haya sido,  
ahí o llegue a ser, es la misma persona:  
¿Cómo desea pagar, señor?  
«En efectivo o con tarjeta?». Perdí la  
oportunidad de responder, «En especie,  
como mi raza». Pero su mirada  
era ingenua, sus ojos algodón  
deshilachado. «American Express».  
En un banderín, con amenazadores colmillos,  
argaba un jabalí. Un rizo suelto de sus  
bigellos se alzaba como maíz  
en la penumbra color índigo del vestíbulo.

## V

le adormecí en la temprana oscuridad  
on el olor a detergente de pino,  
se desvanecieron conmigo la manta  
e áspera lana, el suelo cubierto de pinochas,  
pared sin calendario  
n la que ahora colgaba el anuncio de neón,  
ninguna severa Biblia Gideon<sup>[21]</sup>,  
ada de lámpara de noche, ninguna revista,  
ningún violinista sin afeitar  
cando «Little Brown Jug»,  
algún folleto con algo memorable  
or lo que se conozca a Arkansas,  
el transparente borboteo de un arroyo de montaña,  
ada en una estantería, ninguna estantería;  
n sólo una mancha en la pared, la marca  
ejada por dos yos al estirarse.

## VI

rucifiqué mi abrigo en una percha de  
ambre, me desvestí para bañarme,  
ntonces vi a aquel otro, de cuerpo entero,  
ustado en el féretro de cristal  
e la puerta del cuarto de baño. En aquel mismo instante,  
ecidí no afeitarme,  
o salvarme, si conseguía reunir fuerzas para hacerlo.  
Oh, qué no habría dado por la suciedad de un día sin ducharme,  
n enchufe para mi servil afeitadora,  
or apestar al cobarde natural  
e soy, por convertir éste en un lugar para  
aquinillas desechables así como  
ara mi propia gente desechable!  
n un risco sobre Fayetteville,  
ás alta que ningún campanario,  
ay una cruz eléctrica al rojo blanco.

## VII

uema el fondo de mi mente.  
brasa la piel de la noche;  
igual que una vela repite el momento  
e ser extinguida, siguió allí  
ando apagué la luz del techo.  
quella noche dormí como un muerto,  
como un borracho en una celda, como el  
usgo en la pared, como un amante más feliz  
n la pérdida del amor, como soldados  
ajo los pinos pero, como me temía,  
esperté demasiado temprano. Eran las cuatro.  
al vez las cinco. Sólo pude calcularlo  
or el reloj de pulsera que siempre llevo  
ando mi propia casa descansa.  
brí la puerta del motel.  
as colinas ni siquiera rebulleron en su sueño.

## VIII

on el pijama bajo la chaqueta,  
parte de abajo embutida en unos pantalones  
úidos, necesitaba mi dosis,  
i adicción a la cafeína de la 5 a.m.  
ingún gallo respondió con su estridente canto  
crucifijo de neón blanco,  
Arkansas tenía un olor tan dulce  
omo el de la puerta de un establo al abrirse. Como caballos  
on su metálico sudor iluminado por las estrellas,  
s coches aparcados pacían en sus cuadras.  
l alba iba fundiendo las casas  
n un homogéneo gris Confederado.  
l otro lado de la autopista,  
na brisa pasaba las hojas de un álamo  
asta la Primera Epístola de Pablo  
los Corintios.

## IX

El asfalto, silencioso como un Sabbath,  
regado por aspersores municipales,  
azababa su sendero recto y estrecho  
entre las flechas blancas y convergentes  
de la Autopista 71. Apuntaban  
hacia Florida, como si cansados guerreros  
se dejaran caer en el Valle de Lágrimas,  
pero nada se movía en respuesta  
excepto dos rabínicos sauces  
con barbas de nicotina, y una chaqueta a  
vientos lanzando periódicos como *frisbees*  
desde una bicicleta al césped plateado de los jardines,  
sus ruedas susurrando la paz que pasa  
incomprensiva bajo los negros olmos,  
la mañana en Nazareth  
entre la de Fayetteville y la de Jerusalén.

## X

brazado a las paredes en mi danza de borracho  
—*el jive*<sup>[22]</sup> arrastrado de los vagabundos,  
n ritmo que proviene de las cadenas—  
peré un rato junto a la hierba  
e una pared llena de orines para dejar  
asar el ojo giratorio rojo de un  
oche patrulla de la policía.  
n una gasolinera abierta toda la noche vi  
s encías de una sibila desdentada  
n los neumáticos del garaje, y decía:  
IANTENTE NEGRO E INVISIBLE  
ARA LAS SIRENAS DE ARKANSAS.  
as serpientes enroscadas en los surtidores  
seaban con su boca metálica:  
u sombra aún hiere al Sur,  
omo la espada lentamente rendida por Lee.

## XI

o hay nada que comprender  
n el hambre. Vi la cascara  
e un sol blanco golpeando su yema  
obre la oscura corteza de Fayetteville,  
aceleré el paso junto a ladrillos  
e iban caldeándose, hacia el aroma  
e un picadillo de carne. Una luz saltarina  
orrió hacia mí como un perro mestizo  
esperando ser acariciada  
or mi fría y cada vez más áspera mano,  
recé por que todo fuera bendecido  
lo largo de la Autopista 71, la gris calma  
e las calles donde un león  
e acuesta en su isleta,  
n poste que forma una uve invertida con una palmera  
l mundo hace acopio de fuerzas para su trabajo.

## XII

ero dos puertas más abajo, una cafetería  
le recordó el motivo de mi carrera.  
n borracho maldecía su mesa de vinilo  
on dedicación, sin levantar la vista.  
n cocinero alto y negro colocaba pasteles  
laseados, una camarera rubio panal,  
bios como una fresa reventada,  
on un «Buenos días» como jarabe de arce.  
uatro gorras DEERE<sup>[23]</sup> hablaban de la caza del ciervo.  
usqué mi propio lugar.  
a susurrante jarra negra  
nía todo lo que necesitaba; podía suspirar por  
humeante marcha de Sherman sobre Atlanta  
la marcha sobre Montgomery.  
o seguía sin ser nada. Una cifra  
1 sus burbujeantes ceros negros, aquí.

## XIII

l desprecio por mí mismo necesario para  
ncontrar la tarjeta con mi nombre entre  
s caras reflejadas en lagos  
e caoba lacada  
irge ya sin esfuerzo. Río  
ás fuerte que nadie hasta que el silencio mata  
cháchara profesional. Un tenedor golpea  
plato; el disparo de rifle de una tos  
strementece la habitación iluminada por una araña.  
n brazo brillante agita sus grilletes.  
ada cara alumbrada por las velas mira fijamente hacía  
abismo étnico. En el óvalo  
e una cuchara de plata, en el reflejo deformado  
e la ventana en una copa de vino, en la carroña  
on la que se alimenta mi oficio  
eo reanudarse el brillante alboroto.

## XIV

ngullí el café caliente en su vaso de plástico  
indando por la reciente revocación de la ley  
e permitía que todo negro descubierto tras el toque de queda  
udiese ser abatido a tiros en Arkansas.  
a libertad mira hacia otro lado; la doctrina  
e la luz aria se mantiene en vigor  
ientras el amanecer agita la hierba  
e color león del veld.  
a veta refulge en la mente  
el aurífero Witwatersrand,  
ayas nubes espumean como una jarra de cerveza  
n la mano tostada por el sol del boer;  
mundo arde de fiebre.  
n algún bosque de franela a cuadros  
ay un antílope atado al guardabarros de un coche:  
algo que llevan en la sangre.

## XV

n un mundo que yo veía infinito como  
na autopista con señales, moteles bajos y  
arrones, granjas de hamburguesas;  
n pulcro, evangélico pueblo  
ostraba a través de recatados robles  
n bienestar de calendario —amenazador  
n sus sencillos habitantes temerosos de Dios—.  
l mal era aquí tan corriente  
omo el bien. Mantuve mi palabra.  
sto, después de todo, era el Sur,  
yo arado seguía siendo la espada,  
n roja tierra polvo en la boca,  
nyas grises divisiones y fechas  
e arremolinan en el aire con olor a pino:  
lá donde el corazón vacila  
e encuentra su verdadera frontera.

## XVI

n los porches delanteros las débiles luces  
se apagaron; en los marcos de las ventanas  
el día se ensanchó hasta la prosa  
de una pequeña ciudad media del centro del país.  
La métrica dejó de cojear.  
La luz del sol inundó Arkansas.  
El frío. Tuve que  
rebujarme en mi abrigo, para no  
sufrir el mordisqueo de la artritis,  
las pequeñas flechas que llegan con la edad;  
el sol empezó a masajear  
las espículas del hombro de la colina  
con su bálsamo, pero sobre mi cuello  
cayen cabellos mientras escribo esto  
días más cortos, días más oscuros,  
con más odio, más ira racial.

## XVII

a luz, al ser ámbar, ignoró  
s indicaciones rojas y verdes para el tráfico,  
dado que nunca nos habían presentado,  
asó de largo sin un gesto.  
aseó frente a las tiendas,  
scudriñó la VENTA DE AUTOMÓVILES,  
onde un Saab que giraba serenamente  
hizo un gesto de burla. En ARTESANÍA INDIA  
ñó nuevamente de oro el símbolo Gótico Sudista,  
ascendió por uno de los senderos,  
pariciando las hojas mientras proyectaba  
ombras que se movían como ardillas. Sus rayos,  
omo láseres angélicos,  
ravesaban los pinos que hacían guardia sobre cada lápida  
el Cementerio Confederado,  
aspasando lo muerto con la vida.

## XVIII

al vez en esos mismos pinos corran  
on traviesas de espinas sangrantes,  
s vías del Ferrocarril Subterráneo  
de lleva hasta Canadá,  
lo que une los Apalaches  
a el tintineo de grilletes en los tobillos  
de corren hacia el norte, donde la historia es más difícil  
de soportar: hipocresía  
de nubes con puritanos alzacuellos.  
ay heridas de las guerras Indias  
lladas en las planchas de madera blanca de las mesas  
into al lago de las excursiones, y los abedules  
de despellejan como canoas, y las hojas de los arces  
aen como mercenarios alemanes;  
s colinas sueltan espumarajos que se convierten en cerezos silvestres, las  
iglesias  
untan como flechas hacia el cielo de Shawmut.

## XIX

Dh lagos de pinos y aguas inmóviles,  
onde los sobresaltados hocicos de los ciervos  
orman ondas que amplían la idea  
del estado más allá del calendario!  
Recuerda esta envejecida democracia  
i sueño de cabaña de troncos,  
omo un hombre de más de cincuenta años  
nagina un arroyo de montaña?  
s pinos se acurrucan en grupos  
i la tranquila ribera del lago  
de los recorre recta como el  
azo de una estilográfica.  
interrogante emborronado de mi sombra  
i el margen de la calle  
regunta, ¿seré un ciudadano  
una ocurrencia de última hora del estado?

## XX

Puedo poner una mano sobre mi corazón  
cantar, con los ojos puestos en el mástil  
ya bandera se jacta  
e la Unión con trece estrellas  
chadas, aunque sea portada por los fantasmas  
e cazadores amortajados que cabalgan  
ajo la cruz de fuego blanco del Sur?  
Puedo jurar que defenderé mi arte,  
de también comparto con ellos o, peor,  
ngir que todo ha pasado y maldecir  
desde los piquetes de mis versos  
concepto de *apartheid*?  
a sombra se pliega a la voluntad  
igual que nuestros juramentos de adhesión se pliegan  
nte el estado. Lo que sabemos del mal  
s que nunca tendrá fin.

## XXI

El pecado original es nuestra semilla,  
esa bellota se transforma en un roble;  
paraguas de la sombra de África,  
pesar de los mandatos de esta democracia,  
que germinando en una calle del Sur  
se mantiene doblegados a grises hombres negros,  
sus enrojecidos ojos como pedernal. Hemos compartido  
el secreto a voces de nuestra contabilidad  
ante los entrecerrados ojos de un policía,  
el aparte no expresado del transeúnte,  
el gesto involuntario, los signos,  
el comentario excesivamente cortés  
que convierte una idea en ácido  
que las tripas, y aquí sentí su  
veneno infectando los pinos de la colina  
hasta la misma cumbre.

## XXII

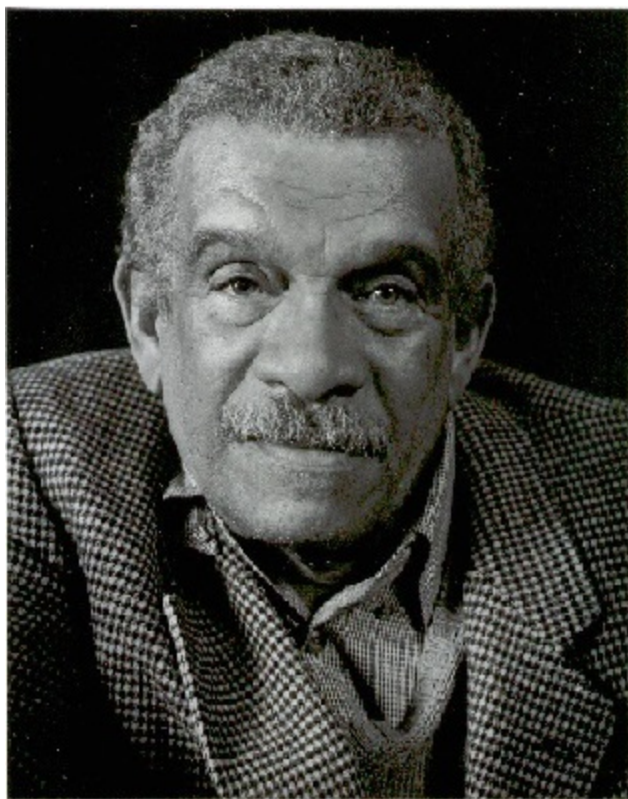
Señor, nos urge usted a que nos  
despojemos de todo lo terrenal,  
como esas cómodas de alcanfor  
en sus ataúdes de falso pino;  
nos vaciemos el cajón del pecho  
y miremos mucho más allá de la herida  
sobre la que desciende la mirada de una cruz,  
como la luz ilumina este aparcamiento  
de asfalto, como la sangrienta Torre  
donde Raleigh cepilla su camisa  
Villon y sus hermanos retroceden asustados  
ante la sombra del nudo inmóvil.  
Hay cosas que mi oficio no puede  
desgrimir, y una es el poder;  
porque sólo la edad avanzada otorgue el  
derecho a un nombre abstracto

## XXIII

ste, Señor, es mi Oficio,  
i Testamento de Arkansas,  
is dos tazas de Cobardía,  
i segura, hirsuta Salvación,  
prestigio de mi gente.  
ienaventuradas sean la creciente dicha  
e ruedas de camiones sobre el asfalto,  
estas manchas que no puedo arrancarme  
el corazón que yo mismo he ensuciado. Este  
mediodía, alguna camarera de anchas espaldas,  
l vez medio india, alisará  
sta cama de matrimonio color trigo,  
el sol de la tarde reimprimirá  
s barras de una bandera cuya tela  
—sobre el motel, el campanario y el distrito—  
berá curar las marcas y las cicatrices.

## XXIV

encendí el televisor.  
na luz, sin sonido alguno,  
n sucesivas imágenes fijas en ámbar,  
gitó las olas frente a Narragansett  
las ciudades-isla en un mar de trigo.  
i explotar sus barras de oro  
n los ejes de los carros de los Mormones,  
is entrecejos y encorvados hombros orientados  
acia Sión, su ancho camino de bueyes  
vantando polvo en los hocicos de los perritos de las praderas<sup>[24]</sup>;  
continuación una ronca voz de locutor  
nbalsamaba los Black Hills  
ndenaba regocijarse al Mojave,  
agaba la rosa de neón  
e Las Vegas, y sus rayos llegaban hasta  
s gigantescos tubos de órgano de las secoyas,  
Pacífico, y las noticias de *Today*.



Derek Walcott (Castries, isla de Santa Lucía, 1930) Poeta y dramaturgo caribeño que funde la tradición cultural antillana con la poesía clásica y moderna en lengua inglesa. Considerado uno de los grandes poetas contemporáneos, recibió en 1992 el premio Nobel.

Descendiente de esclavos negros e hijo de un pintor británico blanco, abandonó su isla natal y estudió en la universidad de West Indies, en Jamaica. De 1959 a 1976 dirigió el Taller de Teatro de Trinidad. Viajó a Estados Unidos en 1981 y se instaló en Boston para dar clases en la universidad local y en Harvard. Ha escrito más de quince libros de poesía y alrededor de treinta piezas de teatro. La mayor parte de su obra aborda las experiencias del pueblo caribeño y reflexiona sobre su herencia: una mezcla de las culturas africana, inglesa y holandesa.

Su poesía relaciona en un solo discurso tres lenguas que provienen de culturas orgánicamente integradas: el inglés, que es su lengua madre, enriquecido con dialectos venidos del África negra, a lo que se añade el

holandés, la lengua del poder o del conquistador. Por tanto, su obra es el proceso de reconstrucción de todo un proceso histórico, no sólo del lenguaje. Para él, las Antillas son un lugar de mezcla racial, un «potente brebaje» que ha hecho posible que surjan «distintas razas, músicas, idiomas y religiones» como resultado de una dura y trágica fase de conquista repleta de sangre y esclavitud.

A pesar de que considera que en la literatura no existe la pureza étnica, Walcott trabaja sólidamente con la tradición poética en lengua inglesa, tanto con los clásicos como con los poetas modernos. Sus versos poseen potentes imágenes visuales y conceptuales, que junto con el ritmo y el trabajo con la métrica, crean una poesía elegante y a la vez intelectual, que cautiva al lector por la plasticidad de las imágenes y la fuerza moral del discurso.

Entre sus libros de poesía destacan *Otra vida* (1973), *Uvas de mar* (1976), *El reino de la manzana estrellada* (1979), *El viajero afortunado* (1981), *Verano* (1984), *El testamento de Arkansas* (1987) y *Omeros* (1990). Ha escrito obras de teatro, entre ellas la conocida *Sueño en la montaña del mono* (1970). Otra fase destacada de su obra son los ensayos y reflexiones sobre poesía y otros temas, como el volumen *La voz del crepúsculo* (1998), pues en ellos clarifica sus ideas poéticas, postulando una cosmovisión que coloca a las Antillas dentro de un proceso mayor de memoria épica.

En dichos trabajos analiza la obra de R. Lowell, J. Brodsky, R. Frost, A. Césaire y otros muchos, incluyendo la crítica y el elogio como hace con el controvertido escritor hindú-trinitario V. S. Naipaul. La idea de Walcott del poeta como ser adánico, como hombre aún asombrado por el mundo, más su lucidez crítica sobre la historia, hacen de él uno de los poetas más interesantes de la contemporaneidad.

## Notas

[<sup>1</sup>] Capital de la isla de Santa Lucía. <<

[2] Juego de palabras fonético entre «*Hark the Herald Angels*» (Escuchad a los ángeles anunciadores), villancico inglés clásico, y «*Half the Herald Angels*» (La mitad de los ángeles anunciadores). <<

[3] Clase social de músicos y genealogistas originarios de la ex-colonia francesa de Mauritania. Por extensión, músicos originarios de África. <<

[4] Alexander of Tunis, conde y héroe militar de las dos guerras mundiales además de en India, Birmania, Egipto, Argelia, Túnez e Italia. Creador de las unidades de Gurkhas. <<

[5] Remembrance Day. Celebración del armisticio en ambas guerras mundiales en EE.UU., Gran Bretaña, Francia, Canadá y Corea. <<

[6] Avenida en Washington D.C que recorre el desfile del día de los veteranos. <<

[7] Guardias montados de la brigada de caballería de la casa real inglesa. <<

[8] Uno de los antiguos reinos anglosajones. <<

[9] Charles Wesley, fundador con su hermano John del Metodismo en la Iglesia de Inglaterra y compositor de más de 4.500 himnos. <<

[<sup>10</sup>] Concepción del mundo. <<

[<sup>11</sup>] Poeta galés del s. VI. <<

[<sup>12</sup>] Poeta galés del s. XVII. <<

[<sup>13</sup>] Valle y río en el distrito minero del mismo nombre. <<

[<sup>14</sup>] *Minstrel*: cómico, muy popular antiguamente, que cantaba con la cara tiznada para imitar a los negros. <<

[15] Ana Akhmatova, famosa poetisa rusa que dedicó un poema a Pasternak en el que trazaba su semblanza lírica. <<

[16] Poeta de la antigua Roma cuyo primer libro de poemas se titulaba *Cynthia*. <<

[17] Juego fonético empleando la primera sílaba de Cynthia (*sin*, pecado) y de Sextus (*sex*, sexo). <<

[18] Claude Lorrain, pintor francés del S. XVIII famoso por sus paisajes con umbríos primeros planos. <<

[<sup>19</sup>] *White trash*: apelativo que se aplica a los pobres no negros del sur de los EEUU. <<

[20] El autor juega con el título de un villancico clásico, *God Bless Ye Merry Gentlernen* (Dios les bendiga alegres caballeros) transformándolo en el del poema. <<

[21] Gideons Internacional. Organización seglar cristiana que distribuye biblias en hoteles, hospitales, cárceles y escuelas. <<

[22] Nombre de un baile y un ritmo de *jazz* con improvisaciones. <<

[23] Marca de maquinaria industrial y agrícola cuya pronunciación es próxima a la de ciervo (*deer*) en inglés. <<

[24] *Gophers*, nombre de unos roedores americanos, designa también a los habitantes de Minnesota. <<